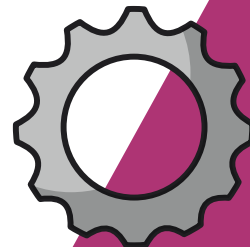

Movilidad humana desde la perspectiva territorial

Informe Nacional
de Desarrollo Humano

Capítulo

5



Introducción

En este capítulo se describen y analizan los factores históricos, económicos y sociales ligados a la aceleración de la movilidad humana¹ en algunos territorios de Guatemala y la manera como los están afectando y transformando. En particular, el informe analiza si estos fenómenos coadyuvan o no a una mejora del desarrollo humano y a una disminución de las brechas y desigualdades en ese ámbito.

Se mostrará que las dinámicas contemporáneas de la migración, particularmente las que tienen como destino los Estados Unidos, deben ser entendidas en el marco de una historia larga de movilidad humana, en la que las comunidades guatemaltecas se fueron moviendo en su territorio para mejorar sus condiciones de vida. Es decir, históricamente, las migraciones han sido siempre procesos dinámicos que fueron evolucionando y cuyo despliegue en el territorio no se realizó en forma uniforme.

Específicamente, se mostrará cómo se produjo a lo largo de varios años una suerte de sedimentación de experiencias y de construcción de informaciones y redes sociales que posibilitaron la masificación de la salida a Estados Unidos y México mayormente en condiciones irregulares en los últimos dos decenios. Fue en base a esos mecanismos, que la migración guatemalteca al Norte fue “madurando”, construyendo condiciones que la fueron facilitando y que permiten que incluso personas con menor propensión al riesgo opten por arriesgarse al periplo.

Es necesario también analizar y comprender este fenómeno en su dimensión integral y humana. Se trata de experiencias difíciles, que implican grandes sacrificios y donde los migrantes arriesgan mucho. Por tanto, la protección y la generación de condiciones de dignidad y de respeto de derechos humanos para estas personas es uno de los aspectos centrales de una agenda de políticas públicas en este ámbito.

Se demuestra también que estas migraciones pueden resolver ciertos problemas coyunturales de personas y comunidades. Pero, sus efectos son limitados y no logran transformar las condiciones estructurales de desarrollo humano de los territorios, en la ausencia de otros elementos y condiciones. Sin políticas públicas ni acción colectiva con objetivos de cambio estructural, las remesas son paliativos —importantes, pero insuficientes— para el desarrollo humano local.

Sobre su impacto en la desigualdad, las investigaciones indican que hay una fuerte tendencia a que se generen diferencias entre los que tienen acceso a remesas y el resto de la población, y a que se afecte la cohesión social de muchas comunidades por las distorsiones que generan en los mercados de tierras, los patrones de consumo o las relaciones interpersonales. Finalmente, el capítulo describe los cambios importantes en los patrones de consumo, en el urbanismo, en la cultura local, en la diversificación de actividades económicas, en las relaciones de género e intergeneracionales e incluso en las identidades indígenas que está generando el aumento de la migración internacional. Se trata, en resumen, de un factor ineludible para repensar los territorios y la capacidad de agencia de sus habitantes.

Para describir y reflexionar sobre estos temas, se analizan en primer lugar algunos datos estadísticos para dimensionar su importancia en Guatemala desde una perspectiva municipal y, posteriormente, se explorarán sus tendencias históricas y sus impactos socioeconómicos, culturales y de estilo de vida en tres territorios: en el Altiplano Centro Occidental, Cuchumatanes y los municipios del llamado “Corredor Seco”².



5.1

Movilidad humana y desarrollo humano en los espacios locales

La movilidad de las poblaciones ha sido históricamente un factor clave para entender la historia de los pueblos que habitan Guatemala. Basta recordar que los mayas construyeron una civilización sobre la base de un sistema productivo fundamentado en una intensa movilidad y circulación de su población entre los varios pisos ecológicos que componían su región de influencia.

La descomposición de ese patrón en la colonia y la república provocó la aparición de procesos temporales de migración interna de campesinos desde tierras altas hacia las zonas cafetaleras en la bocacosta y en las zonas bajas, en las condiciones de precariedad que siguen marcando hasta hoy las experiencias y percepciones de importantes segmentos de la población.

A estos procesos se sumaron, en la segunda mitad del siglo XX, movimientos de población hacia las tierras bajas con objetivos de “colonización” y por desplazamientos traumáticos debido al conflicto armado interno, a desastres naturales u a otros fenómenos críticos.

Esas son las causas y los orígenes de la aceleración de la migración interna y externa desde mediados de la década de 1960, como también sucedió en la mayoría de los países de América Latina. Primero produciéndose movimientos de población desde las zonas rurales hacia la ciudad capital y, posteriormente, hacia otras ciudades intermedias.

Al mismo tiempo, contingentes de campesinos se trasladaban a las tierras bajas buscando tierra

para cultivar, a veces apoyados por programas de “colonización”, fenómenos que coexistían con la migración temporal de propietarios minifundistas y jornaleros de tierras altas para trabajar en grandes plantaciones de café o azúcar en la bocacosta o en tierras bajas que se inició a fines del siglo XIX.

En los años 80, esas movilizaciones se acrecentaron por el desplazamiento forzado de personas y comunidades debido al conflicto armado interno, hacia las ciudades, hacia otras zonas rurales menos afectadas por el conflicto, a estados mexicanos aledaños y de ahí incluso hacia los Estados Unidos.

Esa larga historia de desplazamientos ha dejado huellas en todos los territorios, que se pueden aproximar con la estadística de la denominada “migración de toda la vida”: en 1994, el 10.8 % de la población total del país habitaba un departamento diferente al de su nacimiento; en 2002 ese porcentaje era del 11 % y del 10.2 % en 2018.

En el censo de 2018, solo cinco departamentos de los veintidós tenían un saldo migratorio positivo (diferencia entre cantidad de inmigrantes y emigrantes). Tres de ellos estaban situados en la región metropolitana y en la central, constituyendo un gran conurbado urbano-rural en torno a Guatemala, Sacatepéquez y Chimaltenango, uno de ellos en la dinámica región costera (Escuintla) y finalmente en Petén, departamento tradicional de expansión, una suerte de “frontera”.

Con relación a los datos de 1994 y 2002 no hay grandes variaciones con la excepción de la reversión del saldo positivo migratorio en Izabal y la transformación de Chimaltenango en una zona receptora neta³.

Tampoco hay muchas variaciones en los departamentos que tienden a perder población, que son sobre todo aquellos con población rural mayoritaria y con menor desarrollo humano, resaltando los departamentos de Jutiapa, Zacapa, Santa Rosa, el Progreso, Totonicapán, San Marcos y Baja Verapaz.

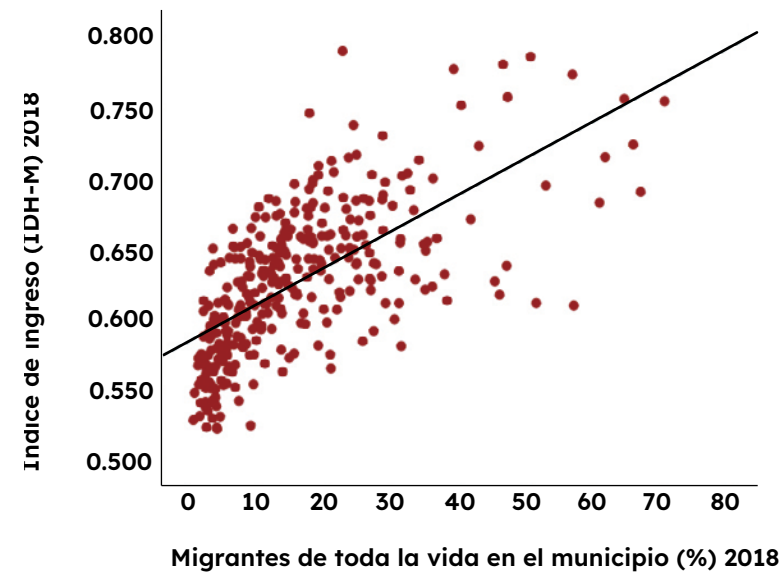
Si se asocia el índice de desarrollo humano municipal (IDH-M) en su componente de ingresos con el porcentaje de migrantes de toda la vida en el municipio, se encuentra una relación de signo positivo, es decir, que hay, por lo general, más inmigrantes en los municipios con mayor ingreso promedio (ver gráfico 5.1). Esa asociación no es tan clara en el caso de los otros componentes del IDH-M: educación y salud.

Esta tendencia se confirma si comparamos los promedios de los IDH-M y de los índices de privaciones de los 42 municipios que tienen más del 30 % de población inmigrante con los promedios nacionales, es decir, que son receptores de población: esos municipios tienen índices promedio de desarrollo humano y de ingresos más elevados, y también menores porcentajes de privaciones, 26 % versus 36 % (gráfico 5.2). No obstante, se percibe que en ambos grupos existe mucha heterogeneidad de situaciones.

Aparte de los movimientos de largo plazo de las poblaciones en el territorio nacional, existen también múltiples traslados temporales y de corto plazo que son difíciles de medir, por ejemplo, para trabajar temporalmente en otra ciudad o zona rural, o para vender productos en mercados y ferias.

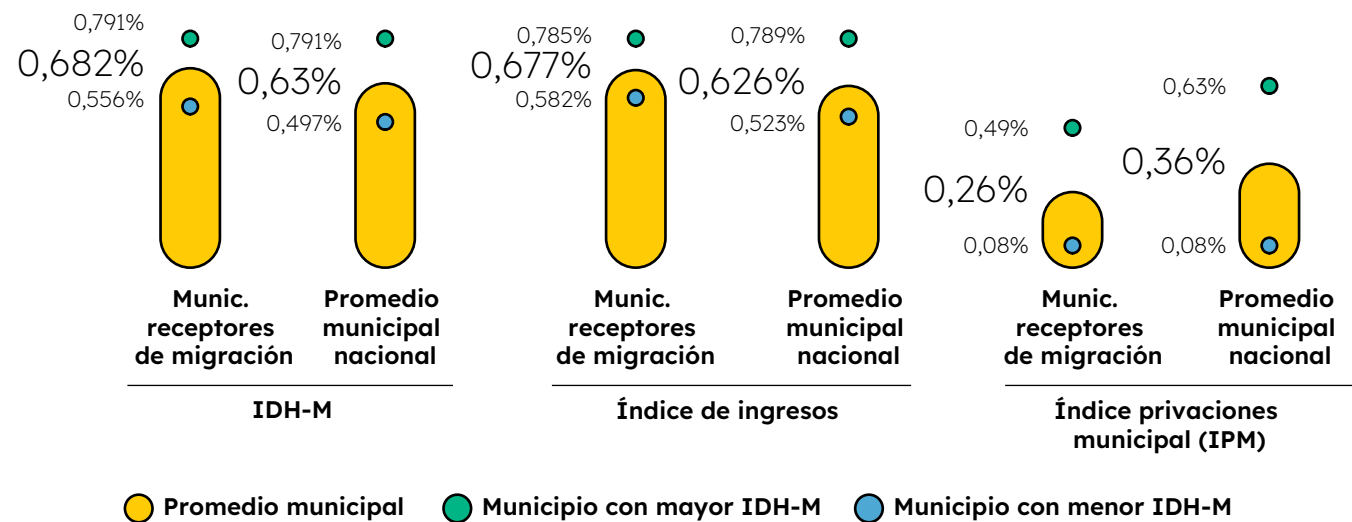
La migración hacia otros países, en particular hacia Estados Unidos, es el otro gran fenómeno de movilidad humana que está reconfigurando los territorios desde fines del siglo pasado. En Centroamérica, Guatemala era el segundo país con mayor número de migrantes internacionales en 2020, alrededor de 1 368 431, solo superado por El Salvador, una gran parte de ellos en Estados Unidos (UNDESA Population Division). La migración centroamericana hacia el país del Norte ha aumentado en los últimos 30 años, la cantidad de migrantes de esa región se incrementó en un 137 % entre 1990 y 2020, pasando de 6,82 millones a casi 16.2 millones. Honduras tuvo un crecimiento de su población de emigrantes del 530 %, Guatemala del 293 % y México del 154 %⁴. La gran mayoría de estas personas migraron de manera irregular y en condiciones precarias.

Gráfico 5.1. Hay más migrantes internos en los municipios con mayor ingreso promedio



Fuente: elaboración propia en base al CNPV de 2018

Gráfico 5.2 Los municipios con más inmigrantes internos tienen mayor IDH-M y menor IP-M



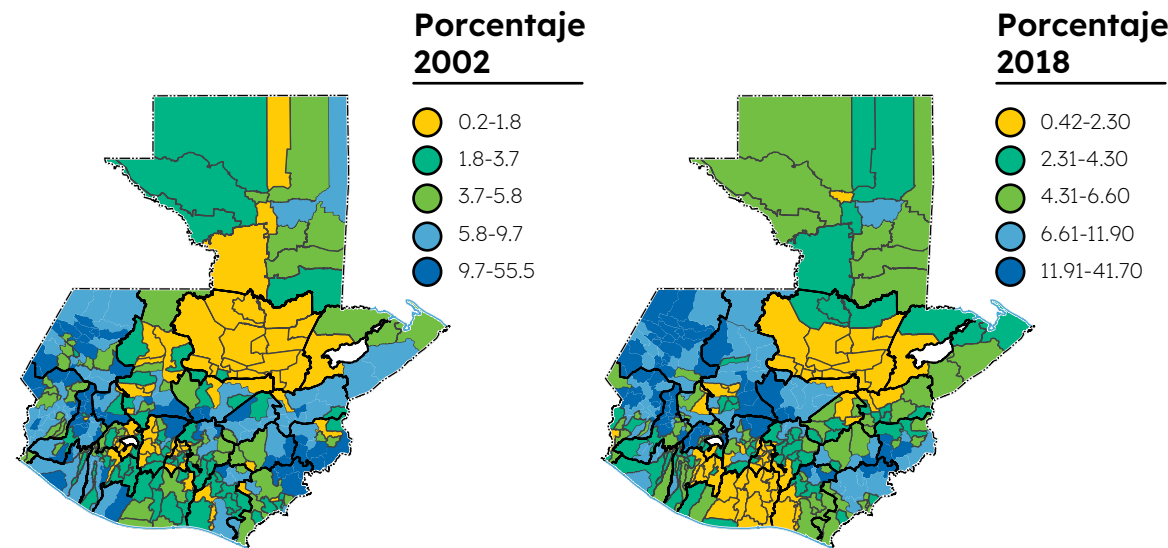
IDH-M e IP-M: Promedios de todos los municipios del país y de los 42 municipios con mayor recepción de migración (2018)
Fuente: elaboración propia

Desde una perspectiva territorial, los departamentos en los que hay mayor proporción de hogares con alguna persona que haya migrado al exterior se concentran sobre todo en el oeste del país (Huehuetenango, Quiché, Sololá, San Marcos, Quetzaltenango y Totonicapán) en el norte (Baja Verapaz) y, en menor medida en el este (Jalapa, Chiquimula y Jutiapa). La migración internacional entre los hogares rurales de Huehuetenango (17.5 %), Sololá (15.4 %) y Quetzaltenango (12.5%) es particularmente elevada⁵.

Comparando la incidencia de la migración internacional en los municipios entre 2002 y 2018 (figura 5.1) se observa que hace veinte años los lugares con mayor emigración al exterior se concentraban en dos franjas contrapuestas, una que comprendía la mayoría de los municipios del occidente y la otra buena parte de los del oriente.

En 2018, hay variaciones relevantes: aunque hay aún municipios con alta emigración en el este del país, su intensidad parece haber disminuido, al igual que en muchos lugares del suroeste costero; en contraposición, ese fenómeno se ha intensificado en todo el noroeste y se ha extendido con fuerza hacia los departamentos de Quiché y Baja Verapaz, lugares en los cuales se han realizado los estudios de casos que acompañan este capítulo.

Figura 5.1 Entre 2002 y 2018, la migración al extranjero se ha intensificado en el noroeste del país, Quiché y Baja Verapaz



Hogares con migrante internacional (%) – Municipal 2002 y 2018
Fuente: elaboración propia con base en datos del CNPV 2002 y 2018

La intensidad de la migración externa en los hogares registrada en 2018 está negativamente asociada al componente de ingresos del IDH-M de 2002, es decir a menor ingreso promedio municipal hace 16 años, mayor porcentaje de hogares con migrantes al exterior, ratificando la importancia de la dimensión económica en esos movimientos de población (Gráfico 5.3).

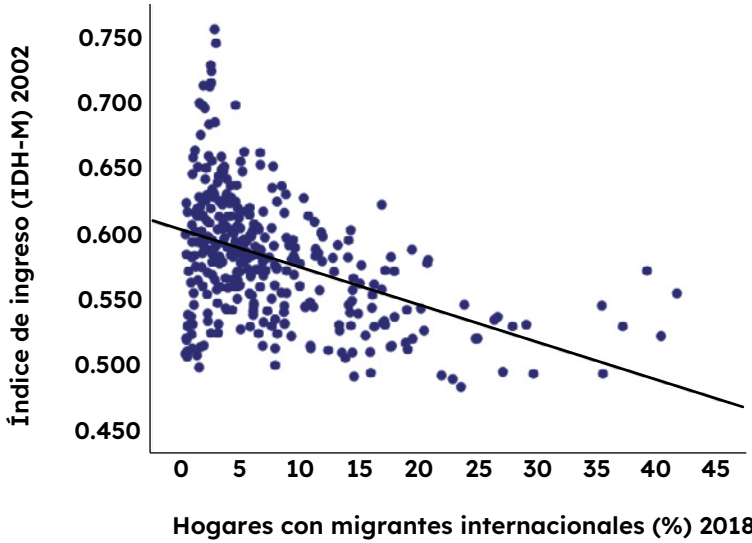
Se ha explorado, de igual modo, la posible relación entre la migración externa de miembros de los hogares y la recepción de remesas a nivel municipal, con mejoras en los indicadores de desarrollo humano entre 2002 y 2018. No se han encontrado relaciones estadísticamente significativas, apenas hay una leve asociación positiva en el ámbito de la dimensión de salud del IDH-M. Por tanto, no es posible afirmar que los municipios donde hay más cantidad de familias con migrantes externos y que reciben remesas tienen mejores condiciones de vida, al menos desde la perspectiva de los indicadores agregados de desarrollo humano.

Aunque no hay resultados concluyentes con indicadores agregados, se han encontrado diferencias entre las personas que tienen acceso a remesas y el resto de la población en los municipios con mayor migración, en aspectos como la posesión de algunos bienes de consumo (televisión, refrigerador, automóvil, por ejemplo) y mejoras en la infraestructura de las viviendas. Ver el gráfico 5.4 con las evidencias para Huehuetenango.

El aumento de la migración internacional está, de la misma forma, incidiendo sobre una variedad de rasgos demográficos y sociales en los territorios donde es más intensa. Así, por ejemplo, es evidente que la salida de mucha población en edad de trabajar —inicialmente masculina— está desequilibrando la demografía local, disminuyendo la tasa de masculinidad y aumentando el índice de dependencia (ver gráfico 5.5).

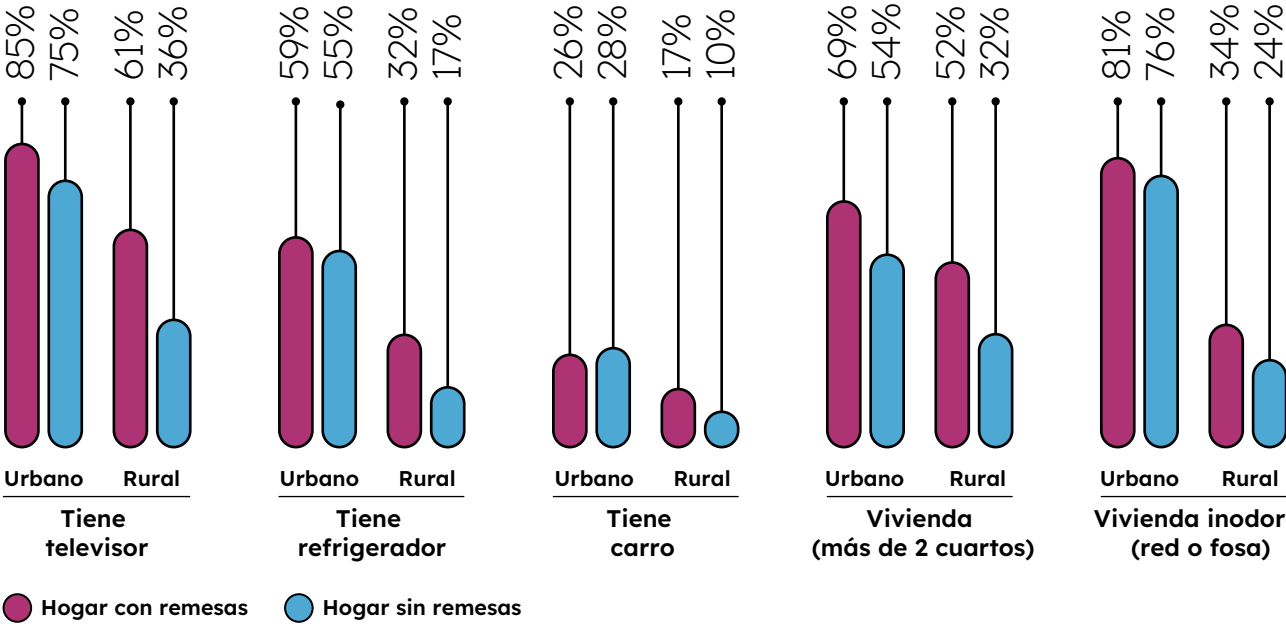


Gráfico 5.3. Los municipios que tenían menor IDH-M en 2002 tienden a tener más hogares con migrantes externos en 2018



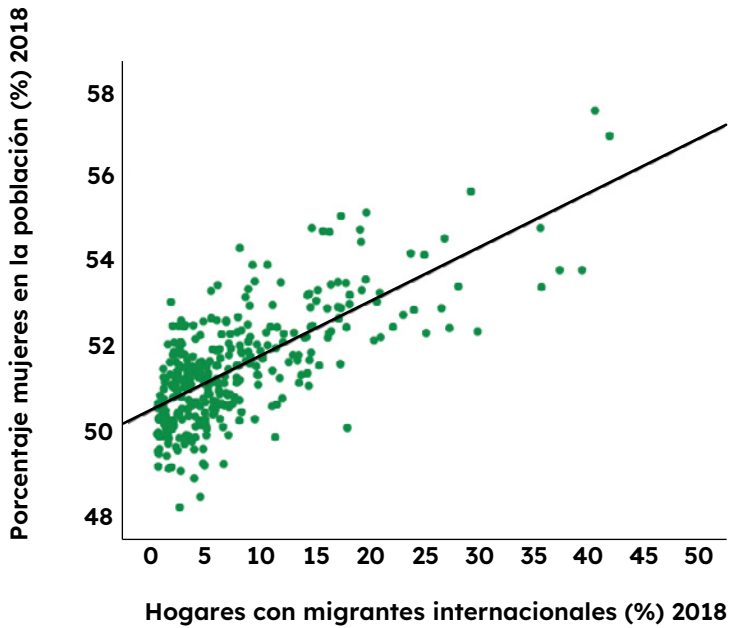
Fuente: elaboración propia con base en datos del INDH y del CNPV 2002 y 2018

Gráfico 5.4 En Huehuetenango, los hogares que reciben remesas tienen un mayor equipamiento y calidad de sus viviendas con relación a la población que no las recibe



Fuente: elaboración propia con base en datos del CNPV 2018 del departamento de Huehuetenango

Gráfico 5.5 En muchos municipios donde hay mayor porcentaje de hogares de migrantes, la población femenina es mayoritaria



Fuente: elaboración propia con base en CNPV 2018

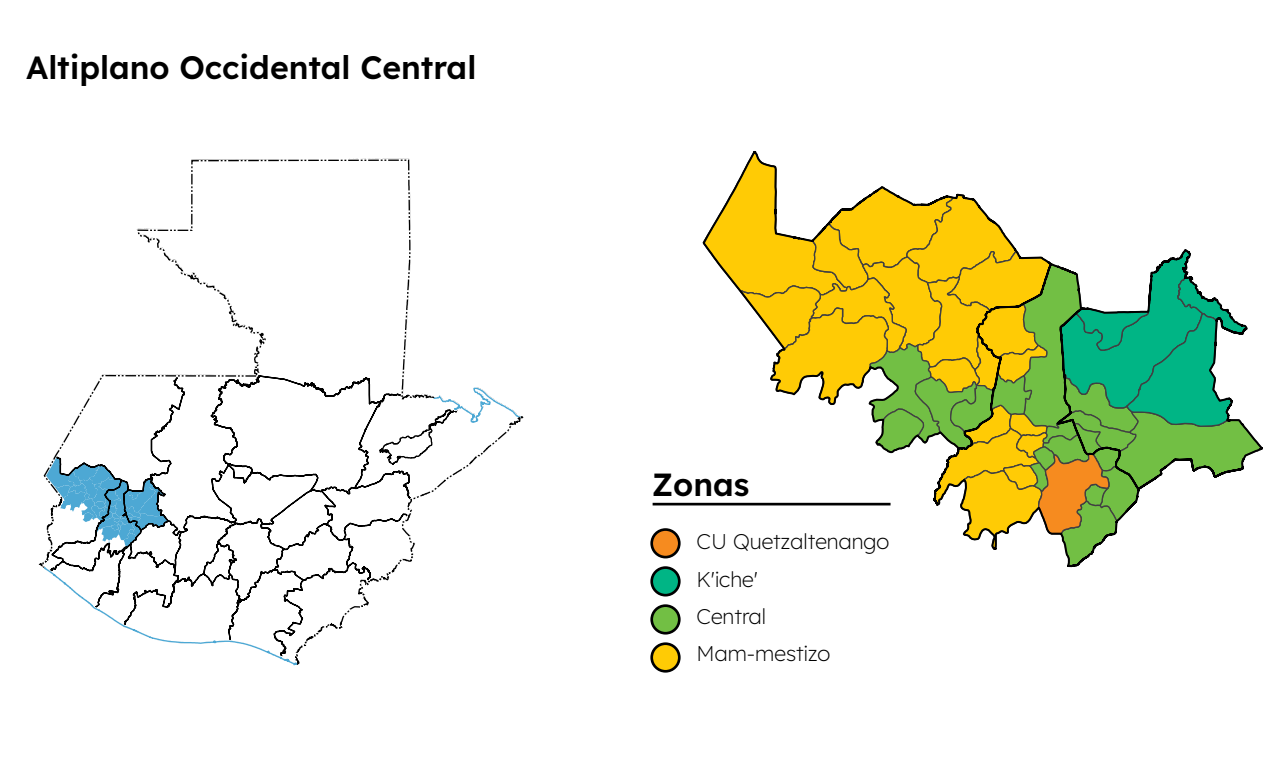


5.2 Historias de movilidad humana en zonas con bajo desarrollo humano

En la sección anterior se vio la importancia cuantitativa de los fenómenos de movilidad humana en Guatemala. A continuación, se profundizará en la comprensión de su dinámica histórica, crucial para entender su naturaleza y su potencial para transformar las condiciones de vida de las personas y comunidades. Para ello, se verán tres casos de territorios en los que la movilidad humana ha sido y es particularmente intensa: Cuchumatanes, Altiplano Centro Occidental y los municipios del denominado “Corredor Seco”. (ver recuadros 5.1 y 5.3 para ubicación y datos básicos de estos territorios).

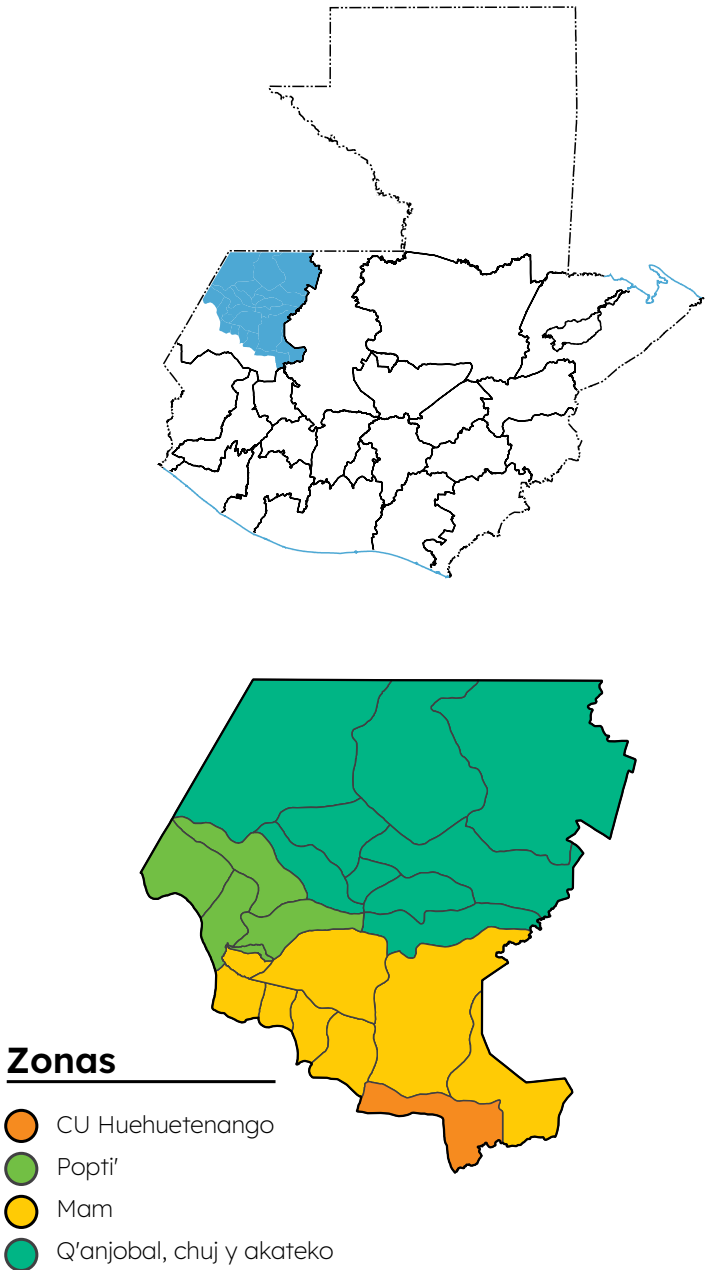
La principal enseñanza que surge de esta visión cualitativa es la utilidad de entender fenómenos como la migración externa reciente —que es el que concita la mayor atención— como parte de una larga historia de movimientos de población que han ido reconfigurando los territorios guatemaltecos. Migraciones internacionales que además son realizadas mayormente en condiciones de irregularidad, alto riesgo y mucha precariedad. Esas historias revelan que la movilidad humana ha sido y es un factor central en la construcción de la territorialidad y el desarrollo humano en Guatemala.

Recuadro 5.1 Ubicación estudios de caso e indicadores movilidad humana



	IDH-M 2002 Y 2018		Migración Interna Migrantes recientes (x 1000 habitantes) 2018	Migración internacional Porcentaje de hogares con migrante internacional 2018
República de Guatemala	0.566	0.656	24.2	6.0%
Altiplano Centro Occidental	0.540	0.650	17.1	38% municipios con más del 15% San Miguel Sigüilá 42% Cajolá 40% Concepción Chiquirichapa 35% Huitán 29% Tajumulco 25%
Municipio Quetzaltenango	0.720	0.770	45	
Zona Central Metropolitana	0.570	0.680	22.3	
Zona Mam-mestizo	0.470	0.590	7.0	
Zona K'iche'	0.440	0.560	7.3	
Cuchumatanes-Huehuetenango	0.480	0.590	13.9	52% municipios con más del 15% Unión Cantinil 39% Petatán 37% Todos Santos Cuchumatán 36% San Sebastián Coatán 30% Concepción Huista 28% San Rafael la Independencia 27% Aguacatán 27%
Municipio Huehuetenango	0.660	0.730	37.5	
Zona Mam	0.450	0.570	8.8	
Zona Popti'	0.530	0.630	22.2	
Zona Q'anjob'al, chuj y akateko	0.420	0.540	8.2	

Cuchumatanes



5.2.1 Cuchumatanes: una larga historia de movilidad humana

Historia de la movilidad humana en Los Cuchumatanes

Huehuetenango, departamento en el que se ubica Los Cuchumatanes, es junto con San Marcos y Quiché, uno de los tres principales departamentos expulsores de población y que tiene el mayor número de migrantes regulares e irregulares en Estados Unidos. Esas migraciones se habrían producido en un 56.8 % por “búsqueda de empleos”, seguido de “mejorar sus ingresos” en un 32.2 %⁶.

Esas movilidades son una de las expresiones de una historia de pérdida de acceso a la tierra de las comunidades de Cuchumatanes, que ha desembocado en una economía campesina fragmentada, de baja productividad y en un desgaste de sus tierras por sobreexplotación. Es un territorio cercano a una frontera internacional y que recibió por mucho tiempo poca atención del Estado⁷. Todas esas razones están asociadas con sucesivos desplazamientos de población en la búsqueda de mejores condiciones de vida. La salida al Norte es una más de esas formas de búsqueda de sobrevivencia y reproducción que se añade a otras experiencias y esfuerzos de asentamiento en diversos espacios.

En tiempos precolombinos, la movilidad se producía en torno al manejo integrado de los recursos de las tierras frías y calientes del territorio y a los intercambios que este suponía, para lo cual se establecieron extensas redes comerciales. Con la llegada de los españoles se restringe esa movilidad, pues se buscó mantener a la población en sus espacios comunitarios más cercanos para facilitar el pago de tributos mediante las reducciones y la conformación de

“los pueblos de indios”. La situación periférica de los Cuchumatanes permitió, de todas maneras, la existencia de algunos espacios de autonomía para estos pueblos, para que continuaran su traslado estacional a las tierras bajas.

Ya en tiempos de la República, la inserción de la región a la nación y a su economía capitalista a través del cultivo del café supuso una gran reorganización del territorio y de la relación de los pueblos indígenas con él. El endurecimiento de las restricciones al uso de pisos ecológicos por el despojo territorial se sumó a la movilización estacional forzada de personas y comunidades a las fincas de café. La población continuó anclada a su territorio originario una parte del año, pero como este ya no aseguraba su reproducción, debió salir. Eso motivó movimientos estacionales, regulares e intensos, a las plantaciones de la bocacosta y la costa sur occidental a lo largo del siglo XX.

Esas migraciones internas se volvieron insuficientes para muchas personas y se produjeron traslados definitivos hacia zonas de colonización o a las ciudades desde mediados de los años 70, lo cual les permitió diversificar sus opciones y descubrir nuevas vías de movilidad, primero como jornaleros temporales en las fincas de café de Chiapas, y luego, con los primeros viajes a Estados Unidos.

El conflicto armado interno provocó una nueva dislocación, forzando a muchos campesinos mayas y mestizos pobres a desplazarse y refugiarse en México; al mismo tiempo, las migraciones internas temporales se dificultaron por controles de las fuerzas del Estado y provocaron el abandono de la población mestiza que vivía en varias cabeceras municipales.

El proceso de paz coincidió con la liberalización económica y la globalización, recuperándose las tendencias migratorias anteriores: salida estacional a las fincas nacionales y de

Chiapas, asentamientos en la capital del país y en tierras bajas y el traslado, por razones de estudio, de los jóvenes a Huehuetenango y Ciudad de Guatemala. En esta fase se acelera la migración internacional, conformándose intensos vínculos entre Los Cuchumatanes, México, Estados Unidos y Canadá.

La partida al Norte tiene sus primeros antecedentes en las décadas de 1960 y 1970, periodo en que esas migraciones eran aún escasas e irregulares. Se dice que la gente de San Miguel Acatán inició esta aventura como una extensión de sus viajes estacionales a la costa y a México para la cosecha de café. Después, empezó a salir gente de San Pedro Soloma, Santa Eulalia, San Sebastián Coatán y San Juan Ixcoy⁸, a los cuales se suman algunos refugiados por el conflicto armado interno, familias de akatekos, q'anjob'ales y popti' que llegan a California y Florida, logrando el asilo político⁹.

La vía mexicana se refuerza en tiempos del conflicto armado interno por la masiva y forzada salida de población. Aproximadamente 150 000 personas cruzaron a Chiapas, no todas fueron reconocidas como refugiadas y su formalización en ese estatus fue tortuosa. Estos grupos fueron luego los impulsores de nuevas rutas de migración. Esta diáspora forzada se transformó después en una oportunidad para los que accedieron a documentos mexicanos y conocieron la cultura de ese país.

La presencia de nuevas comunidades cuchumatanas en Chiapas supuso una recuperación del espacio transfronterizo que ya había existido desde tiempos precolombinos, reactivándose rutas, vínculos y contactos. Los traslados a Campeche y Quintana Roo permitieron una extensión de los espacios en los que se podía buscar oportunidades laborales de forma temporal en agricultura y ganadería, pero también en actividades en lugares turísticos. Entre 1993 y 1999, 23 000 de estos refugiados retornaron de manera organizada¹⁰, una parte a sus municipios de origen, pero otros se establecieron en comunidades ubicadas en fincas compradas en las tierras bajas.

Esas experiencias fueron consolidando una “vía mexicana” de migración. Se trata de una migración circular y temporal que trabaja principalmente en la industria del turismo y en actividades de hotelería, albañilería y servicios domésticos. Estas personas retornarían “más que aquellos que se van a Estados Unidos” y su propósito sería de acumular ahorros y no tanto enviar remesas a sus familiares.

Muchos refugiados retornados no lograron reasentarse por falta de apoyo del Estado y por las condiciones difíciles prevalecientes en sus territorios de origen, que no habían cambiado, obligándolos a salir de nuevo, pero ahora mayoritariamente a Estados Unidos. En muchos casos, se fueron los jóvenes más preparados y las mujeres lideresas¹¹.

Desde el cambio de siglo, se aceleraron las partidas hacia Estados Unidos una vez establecidas las rutas, las redes de transporte, las expectativas e información sobre el asentamiento posible y el operativo. Tras los akatekos y q'anjob'ales, siguieron los mames, sobre todo los todosanteros. Primero con solomeros como guías (recuadro 5.2), después con gente del mismo pueblo. El gran salto de los *chujes* se produce más tarde, alrededor del 2000, cuando ven que la ruta a Estados Unidos es una vía ya establecida¹².

En un primer momento había complementariedad entre las opciones de migración mexicana y nortea. La primera era estacional y mantenía un flujo activo todo el año, mientras que la migración a Estados Unidos era de más largo plazo y tenía objetivos de acumulación de ingresos.

Con estas idas y venidas, muchas familias enfrentan complejos escenarios de estatus de ciudadanía “guatemalteco-mexicano-estadounidense” resultado de todas esas situaciones. Se ha generado una especie de ciudadanía fronteriza binacional en la que algunos regresan con hijos nacidos en México o ya regularizados como ciudadanos mexicanos, que luego se complejiza con los viajes a Estados Unidos.

El resultado son situaciones problemáticas, con miembros de una misma familia con diferentes condiciones migratorias y, por tanto, con una diferenciación de derechos y oportunidades en México y Estados Unidos.

Como se dijo, poco a poco y a pesar de los riesgos y altos costos que implica, el viaje al Norte se volvió más atractivo. Al inicio salieron hombres jóvenes en edad productiva y jefes de hogar. Las políticas migratorias estadounidenses a fines del siglo XX permitieron la regularización de muchos de ellos. Desde las plantas textiles de California y los campos agrícolas de Florida no tardaron en expandirse a otros estados: Texas, Nueva York, Illinois, Georgia, Nebraska, Utah, Oregón.

En esta intensificación de la migración, las redes de amistad y parentesco siempre han tenido una gran importancia. Primero, para facilitar el riesgoso trayecto al Norte, muchos prefieren viajar juntos con personas de su comunidad o familiares, acompañados, frecuentemente, por una persona, peyorativamente llamada *coyote*¹³, que conoce las rutas y los procedimientos para llegar a su destino y también para que se les ayude a alojarse y a conseguir trabajo cuando llegan a Estados Unidos.



Recuadro 5.2 Soloma transfronteriza

La población del municipio q'anjob'al de San Pedro Soloma, al no contar con tierras bajas, se ha caracterizada por sus actividades comerciales y su conocimiento de las rutas transfronterizas en Los Cuchumatanes, el Lacandón y el sur de Chiapas.

En los años setenta del siglo XX, son ellos quienes establecen las rutas de abastecimiento e intercambio con los nuevos asentados en Ixcán. Durante el conflicto armado interno ampliaron sus rutas por México “siguiendo a sus clientes” —los refugiados— y luego se dirigieron a Estados Unidos.

Para mediados de los ochenta, los solomeros ya eran unas tres mil a cuatro mil personas en Los Ángeles. A mediados de los años noventa, el comercio transfronterizo perdió fuerza debido a la crisis del peso mexicano, pero los solomeros encontraron un nuevo nicho de trabajo con el aumento de la migración irregular. A partir de su conocimiento de las rutas, del manejo del español con acento mexicano y la experiencia en cruzar fronteras, muchos se convirtieron en *coyotes*, es decir en guías y transportadores de migrantes ilegales.

A inicios del milenio, en Soloma es usual que cada familia tenga al menos a dos miembros masculinos en Estados Unidos. Inicialmente esos migrantes enviaban remesas y cumplían con el modelo de *circularidad migratoria*, regresando cada dos o tres años y manteniendo “un estado de vida móvil”. Actualmente, esto solo se lo pueden permitir los que lograron ciudadanía en los primeros años, el resto está enfrentando una situación más difícil debido a que las políticas migratorias se han vuelto restrictivas.

Fuente: INDH Guatemala 2021b

Adaptarse a la vida en Estados Unidos siempre ha sido un reto de enormes proporciones. Las condiciones son muy diferentes a las de sus comunidades: deben vivir hacinados en departamentos de edificios, en una sociedad monetizada, expresándose en un idioma diferente, en trabajos de tipo industrial o de servicios, con tráfico denso y pocos espacios verdes y con amenazas callejeras como la droga o la violencia. Sobrevivir material y psicológicamente es difícil en ese entorno, por eso importan los vínculos sociales y familiares, que también ayudan a mantener vínculos e informaciones sobre la familia y la comunidad en la distancia y alentar la esperanza en una pronta reunificación.

Esta migración es también circular en el tiempo, porque hay una fuerte ideología de retorno o arraigo: su esfuerzo tiene sentido hacia la familia y la comunidad, y el objetivo es regresar. Por ello, muchos se mantienen en condiciones de irregularidad por unos tres o cuatro años y luego regresan. Al retornar, no siempre pueden capitalizar los recursos obtenidos en el exterior, obligándoles a salir nuevamente. Aun con esos avatares, muchos mantienen un sentido de identidad y un deseo de retornar pese a los lugares alejados en los que viven.

Importancia de la migración internacional en Huehuetenango

La primera idea que hay que tener en cuenta es la elevada dependencia de las comunidades de Los Cuchumatanes de las remesas. Si en el total nacional, un 8.3 % de los hogares las recibían, en este territorio ese porcentaje era más del doble 17.5 % en 2018.

Hay municipios con menos de un 10 % de familias que reciben remesas. Se trata de los municipios cercanos a la carretera Interamericana, como San Pedro Necta, Santiago Chimaltenango o San Sebastián Huehuetenango y aquellos conformados por tierras bajas con mayor productividad y/o cerca de la frontera y sus intercambios comerciales, como Santa Cruz Barillas o Concepción Huista. Chiantla se encuentra en estos niveles, seguramente porque su núcleo urbano y su cercanía a Huehuetenango le permiten incursionar en espacios laborales diversificados.

Hay otros municipios donde los hogares que reciben remesas son entre un 10% y 20%. Son los espacios clásicos de movilidad a Estados Unidos: los q'anjob'ales de Santa Eulalia, San Pedro Soloma, San Juan Ixcoy y los chuj de San Mateo Ixtatán, a los que se suman Jacaltenango, Santa Ana Huista y San Antonio Huista, y las tierras bajas que conforman Nentón. Esta parece ser la situación mayoritaria en el territorio.

Es llamativa la alta tasa de hogares que reciben remesas entre los popti', grupo indígena que ha experimentado mejoras en educación, en indicadores demográficos y una mayor diversificación ocupacional. Parecería que las remesas, cuando hay una estrategia familiar, permiten avances en el bienestar.

Por último, en un extremo tenemos a los municipios con menor acceso a tierras bajas o a otros recursos y que se ubican en los espacios más alejados y de mayor altura. Se trata de Concepción Huista, San Sebastián Coatán y San Juan Atitán con más de un 20 % de hogares que reciben remesas; mientras que Unión Cantinil y Todos Santos Cuchumatán superan el 30 %, alcanzando casi el 40 %.

En prácticamente todos los municipios, más de la mitad de los migrantes salieron después del 2014.¹⁴ En algunos lugares pioneros como San Mateo Ixtatán o San Sebastián Coatán esta tendencia ya no es tan importante; pero otros mantienen su impulso, como San Juan Ixcoy, San Pedro Soloma y Santa Eulalia. Todos Santos Cuchumatán y Unión Cantinil, con gran dependencia de las remesas, muestran una dinámica más pausada a principios del siglo XXI, que se intensifica entre 2015 y 2017. Pero los municipios que habíamos visto con un bajo nivel de migración relativo, como San Pedro Necta o Santiago Chimaltenango, tienen un rápido aumento en los años recientes, como también ocurre en Santa Ana Huista y San Antonio Huista.

En todos los casos, alrededor de la mitad de los migrantes externos tenían entre 18 y 30 años cuando salieron, en plena edad productiva. Pero lo más impactante es la alta proporción de menores a la hora de migrar. Sea que se produce por reunificación o por expulsión económica, quienes salieron de su lugar de origen con menos de 18 años son más de la cuarta parte, y en varios municipios superan el 30 %.

Ese perfil sugiere que este territorio se encuentra en una fase de maduración “avanzada”, en la que “la migración genera migración y encuentra sustento en la acumulación de capital social favorable a ella”¹⁵, tales como el desarrollo y profesionalización de las redes de tráfico, la búsqueda de la reunificación familiar y el efecto

demostrativo de las remesas que incentiva nuevas migraciones. La experiencia acumulada y las redes montadas facilitan y abaratan el tránsito y la instalación. Como consecuencia, las personas que habitan en comunidades donde hay mayor prevalencia de la migración son más propensas a migrar que aquellas que viven en sitios donde la migración es rara.

El potente imán del “sueño americano” se mantiene y se alimenta de las narrativas de las personas retornadas y de las activas redes sociales que valoran las posibilidades que ofrece Estados Unidos para pasear y divertirse en nuevos espacios, el ganar bien y constante, apreciar el respeto a las leyes y el sentido del orden, aprender idiomas, otras culturas, manejar un vehículo¹⁶.

En este nuevo momento, cambia el perfil de quienes parten, al sumarse al viaje mujeres y niños por reunificación familiar, aunque también por otras lógicas económicas, violencia doméstica, de género, e incluso familias enteras, debido a la dificultad de la vida en la región. Poco a poco, los flujos migratorios se van consolidando.

Es en ese contexto que las políticas migratorias de Estados Unidos empezaron a cambiar. Desde el 2002, aumentan las deportaciones con la aplicación de la Ley de Reforma a la Inmigración Ilegal y la Responsabilidad del Inmigrante, que permite a los agentes policiales fungir como agentes de inmigración. Del 2010 al 2019 las deportaciones ascendieron a 100 000 anuales, aproximadamente. En 2020 esta cifra cayó a 45 800. En 2021 fueron 63 800.

—

En este nuevo momento, cambia el perfil de quienes parten, al sumarse al viaje mujeres y niños por reunificación familiar, aunque también por otras lógicas económicas, violencia doméstica, de género, e incluso familias enteras, debido a la dificultad de la vida en la región.

—



Muchas medidas están obstaculizando el paso de los migrantes, complicando los circuitos migratorios tradicionales. Frente a ese nuevo escenario, los coyotes encarecen sus servicios y optan por “redondear” o alargar las rutas, tocar nuevos puntos y evitar los controles migratorios, transportando grupos no mayores a cinco personas¹⁷. Poco a poco, se está transitando de una migración circular —que ya implicaba grandes sacrificios humanos— a otra en la que se puede entrar en un círculo vicioso de mayor endeudamiento, por el encarecimiento de su costo, deportación y penalización sin lograr sus metas, pérdida de sus propiedades restantes al volver forzosamente y nuevos intentos más precarios para llegar al Norte.

En muchos municipios, la figura del deportado se ha hecho cada vez más común. Este nuevo contexto plantea, de igual manera, incertidumbres sobre la sostenibilidad de los patrones de migración a los que el territorio se fue adaptando. El debilitamiento de la lógica reticular y circular que permitía cierta intensificación de relaciones podría tener consecuencias negativas que profundizarían el costo social, psicológico y económico de estas migraciones.

Un signo inquietante de esos nuevos escenarios es el creciente tránsito de niños, niñas y adolescentes no acompañados por los peligrosos caminos hacia México y Estados Unidos, bien sea por reunificación o por necesidad. Su exposición y vulnerabilidad son una radiografía dramática de la situación en el territorio.

Desde la “crisis humanitaria” generada por la llegada masiva de menores a la frontera de Estados Unidos en 2014, desbordando la capacidad de acogida, este grupo de niños, niñas y adolescentes ha concentrado la atención. Esta sorpresiva presencia de “menores no acompañados” se explicó en su momento por la reunificación familiar y los rumores de que podrían tener más posibilidades de alcanzar la residencia¹⁸. La situación no mejoró en años posteriores con el endurecimiento de la política migratoria, que hizo que los migrantes irregulares detenidos en territorio estadounidense sean considerados sujetos de persecución criminal, lo que provocó la separación de muchos niños de sus padres.

Una cifra importante de estos menores procede del altiplano occidental y particularmente de Los Cuchumatanes. Según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) la mayoría de la “niñez migrante no acompañada, retornada a Guatemala, son adolescentes de 14 a 17 años (93 %) que ya realizaban actividades productivas (92.5 %) con una importante presencia de mujeres (23 %). Salieron por razones económicas (74.9 % para mejora de condiciones de vida; 36.7 % de búsqueda de trabajo) o para reunificación familiar (46.5 %). Huehuetenango (24.1 %), San Marcos (27.8 %) y el Quiché (13.2 %) son los “principales departamentos de origen de la niñez retornada” (OIM 2017b: 9-10).



Esta presencia de menores en los procesos de movilidad nos habla de las difíciles condiciones de sobrevivencia que enfrentan muchas familias. Entre los niños y niñas migrantes, la organización Pop N’oj distingue dos grupos etarios y modalidades de salir.¹⁹ El primero (1-10 años) viaja regularmente por reunificación familiar: su madre o padre pagan para que un *coyote* los lleve a Estados Unidos por 85 000 quetzales. El segundo grupo (12-17 años) son aquellos que se marchan en busca de oportunidades de empleo, ya están en edad productiva y logran el financiamiento de su red familiar para emprender el viaje. Algunos viajan también por violencia intrafamiliar.

Los niños, niñas y adolescentes migrantes de las áreas aledañas a la frontera suelen acompañar a sus padres al trabajo estacional agrícola al sur de México y esta familiaridad los ha llevado a realizar el viaje solos o no acompañados²⁰. Girón (2014: 12-13) destaca cómo “para la niñez migrante indígena, migrar al sur de México también significa un compromiso moral con sus padres, en tanto, deben *devolver* el esfuerzo y entrega de sus progenitores a partir de la generación de recursos económicos complementarios a los gastos del hogar e incluso para el sostenimiento de los hermanos más pequeños”. El trabajo no es visto solo como una estrategia de sobrevivencia, sino como “un valor” importante.

No obstante, la lógica de corresponsabilidad doméstica de los menores permite también que se den casos de abuso que derivan en situaciones de tráfico laboral infantil dentro de redes étnico-comunitarias, que desvelan la cara oscura de estos vínculos de confianza social. Una joven miembro de Pop N’oj, señala dos puntos significativos sobre la vulnerabilidad de estos menores: a veces son utilizados de “pasaporte” para pasar a Estados Unidos, esto sucede cuando las familias los “prestan” a otras personas con la promesa de verse ayudados en un posible viaje posterior. Pero en el momento en que los niños son deportados, sufren de insomnio y tienen pesadillas, en palabras de uno de ellos: “yo estoy aquí en mi casa, pero estoy soñando que todavía estoy en el desierto”. En los últimos años, muchos de esos menores experimentan violaciones a sus derechos y dignidad hasta su repatriación. A pesar de ello, algunos niños intentan nuevamente el viaje.

Este panorama muestra los costos y sufrimientos humanos que implica una migración realizada en las condiciones actuales de informalidad, ilegalidad y precariedad. Como se verá más adelante, el impacto de la intensificación de la migración a los Estados Unidos en varios lugares del territorio, con todas sus facetas descritas, es muy significativo.

En resumen, se ha visto que la salida de población de los Cuchumatanes hacia Estados Unidos desde finales del siglo pasado es parte de procesos históricos de movilidad impulsados por la necesidad y la lucha por la sobrevivencia, sobre todo de las comunidades indígenas mayoritarias en ese territorio, configurando eso que Loucky (2000:217) ha llamado “vidas de sacrificio”. Como expresan los propios migrantes: salen a “hacer la lucha”, “a buscar la suerte”, sabiendo lo impredecible del éxito o el fracaso. El viaje al Norte es un camino muy arriesgado y peligroso, puede —a veces— aportar beneficios, pero no deja de tener altos costos y grandes posibilidades de fracaso con impactos terribles en las vidas de esas personas y sus familias.

La breve historia de las movilidades en Cuchumatanes indica, de igual modo, que las varias oleadas migratorias y de movimiento no son independientes, están influidas por las experiencias y prácticas pasadas. Todo esto hace que los circuitos migratorios contemporáneos que están operando en el territorio sean complejos y cambiantes, acorde con las capas de experiencia e historia de movimientos que se han reseñado, pero siempre ligados a la no resolución histórica de la necesidad básica de sobrevivencia y reproducción de una gran mayoría de familias y comunidades del territorio.

5.2.2 Altiplano Centro Occidental: la conjunción de múltiples tipos de movilidades²¹

Al igual que los Cuchumatanes, en el Altiplano Centro Occidental convergen varios procesos de movilidad humana, algunos internos y otros externos, fenómeno reforzado por su particular posición geográfica, que ha sido desde tiempos inmemoriales un punto de encuentro y de tránsito entre las tierras altas y las costeras, y desde el siglo XIX, una región marcada por su cercanía a la frontera con México.

Un primer ejemplo de esos procesos es el tradicional desplazamiento hacia la bocacosta y costa occidental de las poblaciones del altiplano en búsqueda de tierra que les permita subsistir. Por muchos siglos, como en buena parte de las regiones con población indígena, las comunidades desarrollaron un modelo de aprovechamiento de los pisos ecológicos en los que habitaban. Desde el final del siglo XIX, producto de la desarticulación de ese sistema, empezaron a emigrar a las fincas cafetaleras de la bocacosta como colonos, jornaleros estacionales en las plantaciones o para formar nuevos núcleos poblacionales, principalmente en los municipios costeros.

En investigaciones de los años 80, se encontró que la mayoría de los trabajadores estacionales de varias fincas de café en Chiapas provenían de Guatemala, del altiplano de San Marcos y de municipios de Quetzaltenango. Se trataba de hombres, cabezas de familia, que en sus lugares de origen eran principalmente agricultores microfundistas que no lograban cultivar el maíz y el frijol para el consumo familiar. Estos campesinos trabajaban la tierra con herramientas muy básicas, dependían del agua de lluvia, no tenían acceso a financiamiento y la cosecha

del café les permitía conseguir ingresos para solventar condiciones mínimas de vida²².

Aunque hay mejoras en las unidades productivas de café, en términos de adopción e implementación de modelos de producción respaldados por certificaciones internacionales²³ y el impulso por el sector de herramientas e instrumentos específicos para el cumplimiento del marco legal, la certificación, la implementación de buenas prácticas y tecnologías²⁴, la situación de muchas familias campesinas vinculadas al sector cafetalero sigue siendo difícil y sus condiciones de trabajo y movilidad son precarias²⁵.

Esos problemas persisten incluso entre comunidades que lograron asignaciones de tierra en zonas en principio más productivas, mediante arrendamiento o compra, o por la transferencia de fincas por parte del Estado, resultantes de la acción organizada de los campesinos. La adquisición de tierra en la costa no ha conducido a una rearticulación del sistema de manejo integrado de los ecosistemas.

Muchas familias que permanecen en el altiplano y las que se asientan en zonas costeras quedan circunscritas a las posibilidades ecológicas y sociales de cada territorio, sin haber recibido mucho apoyo del Estado. Bajo esas condiciones agravadas por desastres naturales, esas familias no pudieron resolver sus carencias y muchas tuvieron que optar por la migración como opción para mejorar sus condiciones.

El comercio transfronterizo entre el occidente guatemalteco y el sureste mexicano es otro de los fenómenos de movilidad importantes y está también anclado en prácticas de larga data. Sus modalidades contemporáneas son varias: el comercio de hormiga realizado a pequeña escala y de forma cotidiana; los mayoristas vinculados a cadenas y redes de intermediarios rurales y urbanos; el comercio ambulante desarrollado por comerciantes indígenas guatemaltecos en ejidos, comunidades y fincas de Chiapas y el contrabando a mayor escala²⁶.

Un signo inquietante de esos nuevos escenarios es el creciente tránsito de niños, niñas y adolescentes no acompañados por los peligrosos caminos hacia México y Estados Unidos, bien sea por reunificación o por necesidad.



Los intercambios entre Tapachula en México y el municipio de San Pedro Sacatepéquez y el departamento de Quetzaltenango en Guatemala nos dan pautas de esas dinámicas: se trata de circuitos comerciales de venta de hortalizas del valle de Quetzaltenango comercializadas por indígenas guatemaltecos en Tapachula, de compra de productos manufacturados en tiendas de autoservicio en México para su posterior venta en el altiplano guatemalteco o de transacciones de mercancías por grandes comerciantes. Esos bienes transitan en ocasiones al margen del control formal del Estado en la frontera.

Esas transacciones que dinamizan las economías locales son a veces factores que inciden en menor migración externa. Es el caso de varios municipios de Totonicapán, en los que la migración y remesas son bajas pese a que tienen altos índices de pobreza (Santa María Chiquimula, Santa Lucía La Reforma, Momostenango y San Bartolo Aguascalientes). En esos lugares, la cuarta parte de los ocupados habían trabajado fuera de su localidad en la semana anterior al censo de 2018: el 25 % de las personas con actividad económica del municipio de Momostenango trabajaban en 234 municipios del país, el 28 % de los de Santa María Chiquimula, en 186, y el 23 % de los de San Bartolo Aguascalientes, en 66.

Estos movimientos están relacionados con circuitos de pequeño y micro comercio que los hombres de estos municipios han desarrollado tradicionalmente. Estos operan vendiendo al por menor a clientes recurrentes en diferentes localidades, recorriendo poblados de casa en casa, distribuyendo cantidades a otros comerciantes, entregando la mercadería a crédito y/o explorando nuevos lugares²⁷. Estos comerciantes también incursionan en estados fronterizos de México y otros países vecinos.

Esas personas aprendieron el oficio trabajando para otros comerciantes y/o familiares, obteniendo una experiencia que les permitió luego juntar un capital para independizarse. Aunque laboran por cuenta propia, tejen redes familiares o comunitarias de apoyo mutuo, a través de las cuales comparten información y vínculos en los lugares donde comercian.

Dentro de esa variedad de experiencias de movilidad, el papel de las mujeres, así como el de la niñez y la adolescencia, suele ser intenso, con grandes sacrificios y desigualdades. Usualmente, la migración de mujeres trabajadoras ha sido invisibilizada al ser consideradas “acompañantes” de los hombres de su familia, sobre todo cuando realizan trabajos agrícolas en los que todos sus miembros participan.

Nájera (2014) identifica dos tipos de familias migrantes: las que provienen de un medio rural y agrícola, que viven en condiciones de extrema pobreza, y las familias urbanas que a pesar de vivir en pobreza no están en condiciones de supervivencia. En ambas, el trabajo se asigna en función del sexo. Las mujeres (adultas, niñas y adolescentes) se ocupan de las tareas domésticas (cocinar, lavar, barrer, tortear) y del cuidado de otros miembros de la familia. Los varones son responsables del trabajo extradoméstico para traer dinero al hogar. Pero, muchas de ellas también salen a trabajar, manteniendo al mismo tiempo sus tareas al interior de la unidad doméstica.

En los espacios laborales urbanos y rurales opera igualmente una división sexual del trabajo. En el café, por ejemplo, las mujeres son empleadas en el almácigo, donde cuidan y trasplantan los cafetos, y los hombres se ocupan de limpiar el campo, de podar los árboles y de la resiembra. En las zonas urbanas, el trabajo de construcción suele ser realizado exclusivamente

por hombres, mientras que el comercio de alimentos y vegetales y el servicio doméstico, por mujeres. Estas divisiones estructuran las características de la movilidad.

Uno de los destinos importantes de la movilidad de mujeres es el trabajo en casas particulares, muchas veces en condiciones precarias, informales y sin derechos. Una labor que tiene una función vital para el funcionamiento de la vida cotidiana de las familias involucradas, de la trabajadora y de las que la contratan, y de varios aspectos de la economía y servicios en las urbes. El 93 % de las personas que trabajan como empleada(o) doméstica(o) en el municipio capital son mujeres, la mayoría provenientes del mismo departamento, pero un 25 % del Quiché, Jutiapa, Santa Rosa, Quetzaltenango y Escuintla²⁸.

De manera similar, la migración de niños, niñas y adolescentes por razones de trabajo es frecuentemente subvalorada. En una muestra de casos estudiada por OIM (2017) se evidenció que el 36.7 % de la niñez retornada a Guatemala había emigrado para buscar trabajo²⁹.

Hay también presencia de trabajo infantil y adolescente en el servicio doméstico. Un estudio de Rivera (2014) indica que, en una muestra de estos trabajadores, el 51 % eran menores de edad entre 13 y 17 años provenientes de San Marcos y Huehuetenango. Además, se ha observado que muchas mujeres adultas y jóvenes son empleadas en el servicio en restaurantes, bares y centros nocturnos, en condiciones de gran inseguridad.

Otra variedad de comercio callejero con alta presencia de menores de edad en la capital y grandes ciudades es el que se denomina como de “chicleros” y “lustradores”. Son labores con jornadas de más de diez horas diarias, realizadas por cuenta propia a partir de recursos provenientes de su familia o ahorrados por ellos mismos, mientras

que otros dependen de un empleador que los contrata para vender mercancías. Suelen provenir de hogares pobres, han abandonado los estudios y sus condiciones de vida tienden a aumentar su vulnerabilidad.

Las migraciones laborales hacia México y la intensificación de las salidas a los Estados Unidos se dan en el marco de esas diversas movilidades.

México se ha constituido en un mercado laboral para los guatemaltecos, principalmente en el sector agrícola, y Guatemala en un proveedor de mano de obra con salarios bajos para ese país vecino. El desplazamiento de trabajadores guatemaltecos hacia Chiapas comenzó a fines del siglo XIX para trabajar en fincas cafetaleras en Soconusco, y se diversificó a lo largo del siglo siguiente a otros cultivos (banano, papaya, azúcar, palma) y en tareas de servicios y comercio. Esas migraciones son particularmente intensas entre los habitantes del departamento de San Marcos³⁰.

Cerca de la mitad de los cruces fronterizos en esa zona, ocurridos en 2011, fueron realizados por trabajadores que viven en los poblados adyacentes a la frontera y que la atraviesan diariamente. La otra mitad de cruces era realizada por migrantes que permanecían una temporada en México (desde 15 días hasta meses) y que no necesariamente vivían en poblados colindantes con la línea fronteriza³¹.

A ese fenómeno, se ha sumado la migración hacia Estados Unidos, que es uno de los factores más significativos que está provocando transformaciones en el Altiplano Centro Occidental, junto con la urbanización analizada en el capítulo 4. Ambos procesos están estrechamente vinculados como se verá más adelante.

Esta migración comenzó en la franja urbana mestiza y k'iche' del territorio desde el final de la década de 1970 y se aceleró en los 80. En el altiplano mam comenzó a despuntar a mediados

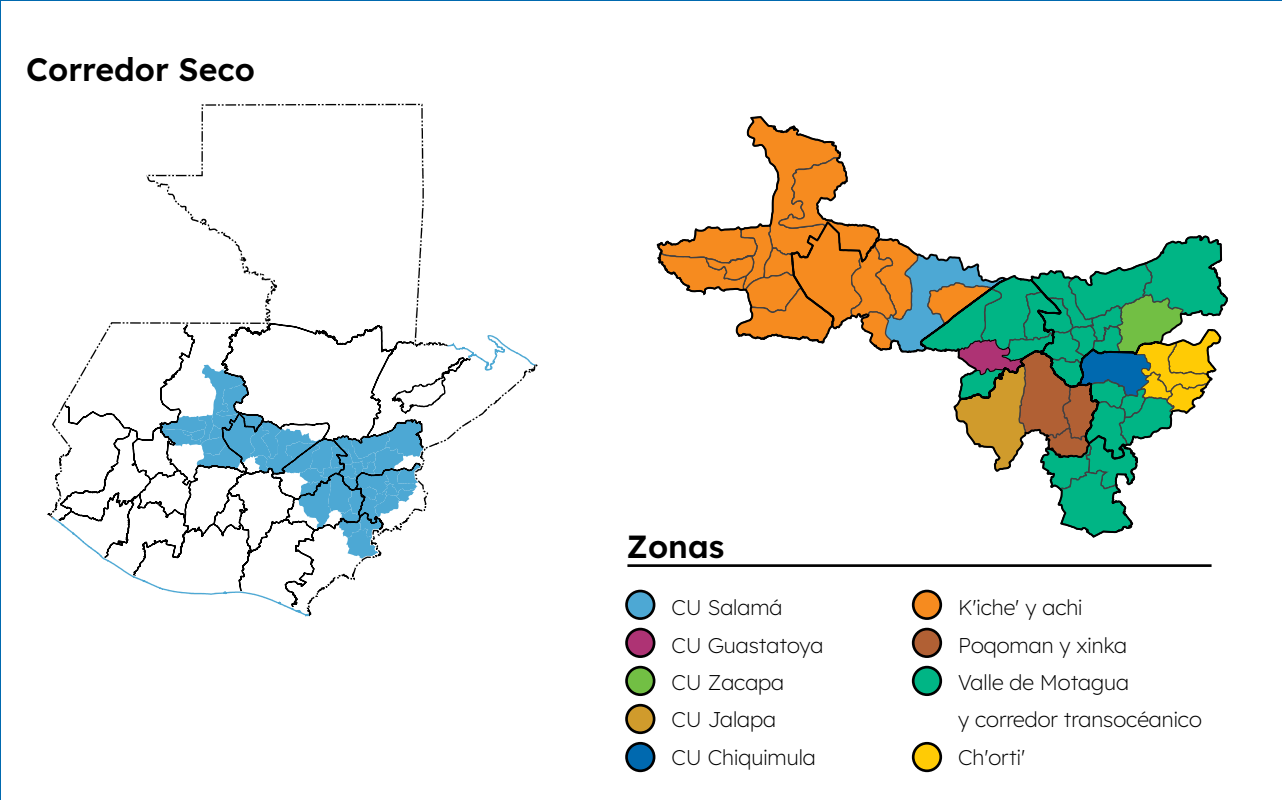
de los 90 y se acentuó con el declive de la producción del trigo y la crisis del café de inicios de siglo. Coyunturas agravadas por la vulnerabilidad ecológica de las tierras altas y las pérdidas por eventos climáticos, como los huracanes Mitch (1998) y Stan (2005).

La movilidad a Estados Unidos y México se ha convertido en parte de la cotidianidad de muchas comunidades del altiplano. La dependencia de varias de ellas de las remesas es superior a la del resto del país. Actualmente, según datos del censo de población de 2018, un 15.9 % de los hogares del altiplano mam reciben remesas del exterior, mientras que en el eje urbano y comercial del territorio este porcentaje es del 11.7 % de los hogares y en el interior del altiplano k'iche', especializado en el pequeño comercio, alcanza al 5.1 %. Esa proporción era de 8.3 % a nivel nacional.

Específicamente, los 10 municipios del territorio con más hogares que reciben remesas son: San Miguel Sigüilá (39.6 %), Cajolá (37.2 %), Huitán (28.7 %), Río Blanco (26 %), Tajumulco (25 %), Concepción Chiquirichapa (25.2 %), Sibilia (24.4 %), San Carlos Sija (21.3 %), Cabricán (17.6 %) y Palestina de Los Altos (17.6 %).



Recuadro 5.3 Ubicación estudios de caso e indicadores movilidad humana



Ubicación	IDH-M 2002 Y 2018		Migración interna Migrantes recientes (x 1000 habitantes) 2018	Migración internacional Porcentaje de hogares con migrante internacional 2018
Republica de Guatemala	0.566	0.656	24.2	6.0%
Corredor Seco	0.510	0.610	19.2	16% municipios con más del 15% Joyabaj 25% Zacualpa 17% San Manuel Chaparrón 17% Canillá 16% San Andrés Sajcabajá 16%
Mun. Salama	0.570	0.660	28.6	
Mun. Zacapa	0.600	0.680	38.4	
Mun. Chuquimula	0.570	0.640	16.2	
Mun. Jalapa	0.540	0.630	17.1	
Mun. Guastatoya	0.650	0.730	48.9	
Zona K'iche y achi	0.440	0.570	12.6	
Zona Valle del Motagua y corredor	0.560	0.660	25.2	
Zona Ch' orti'	0.400	0.520	13.1	
Zona Poqomam y xinka	0.4,60	0.580	19.4	

5.2.3 La movilidad en el Corredor Seco: viejas y nuevas migraciones en un contexto de mayor vulnerabilidad social³²

El Corredor Seco en Guatemala comprende una franja territorial que parte de los extremos sureste del departamento de Huehuetenango y noreste del departamento de Totonicapán, atraviesa la porción central del departamento de Quiché y los departamentos de Baja Verapaz, El Progreso y Zacapa hasta el municipio de Gualán. En Zacapa, el corredor seco se extiende hacia el sur, desplegándose sobre la porción oriental del departamento de Jalapa y la occidental de Chiquimula, hasta el norte de Jutiapa (ver recuadro 5.3). La noción de “corredor seco” fue propuesta con el objetivo de evaluar y actuar frente a los graves impactos sociales del cambio climático en varios municipios.

En esta sección se propondrán análisis e interpretaciones sobre el fenómeno migratorio en dos grandes áreas de este territorio. Una occidental, habitada mayormente por k’iche’s y achi, situada en parte de la sierra de Chuacús. Y otra oriental, en la cual se distinguirán, por una parte, el valle del Motagua medio y el corredor desde el sur de Zacapa hasta el norte de Jutiapa, habitado en su mayor parte por población ladina (denominado “corredor transoceánico”), y en la otra, las montañas de Chiquimula y Zacapa habitadas por ch’orti’s y ladinos, y las montañas de Jalapa habitadas por poqomams, xinkas y ladinos. En esos territorios, el 91 % de la migración se produce por razones económicas, ya sea para buscar trabajo o para mejorar sus ingresos (OIM, 2017). Hace diez años, el valle de Motagua y el corredor transoceánico, y las regiones poqomam y xinka eran los que tenían la proporción más alta de hogares viviendo en el extranjero (alrededor del 10.5 %).

En la actualidad, son las áreas k’iche’ - achi y ch’orti’ las que presentan mayor movimiento migratorio (11.8 % de hogares con un miembro que migró en la zona k’iche’) muy por encima de los centros urbanos como Zacapa (5.2 %), Chiquimula (3.9 %), Salamá (8.7 %), Guastatoya (2.7 %) y Jalapa (6.2 %).

Las zonas k’iche’, achi y ch’orti’ no solo están enfrentando mayores salidas de población al extranjero y a otros departamentos, son además las que menos atraen a otros habitantes, demostrando que sus condiciones de habitabilidad, laborales, de desarrollo y productividad no son lo suficientemente fuertes y estables para retener a la población o ser un polo de atracción. Esas tendencias se han acelerado en la última década, a medida que se fueron agravando los efectos negativos de los cambios climáticos en los cultivos de los cuales dependen los campesinos (ver recuadro 5.4).



Recuadro 5.4 La seguridad alimentaria y la migración

El reporte *Seguridad alimentaria y emigración, por qué la gente huye y el impacto que esto tiene en las familias que permanecen en El Salvador, Guatemala y Honduras*, evidenció un vínculo estrecho entre la pobreza, el desempleo, la inseguridad alimentaria y la migración en municipios de esos tres países (BID-FIDA-OIM-OEA-PMA 2017).

Los resultados mostraron que la pobreza es un detonante clave de la migración en los hogares encuestados de los tres países. La producción de alimentos de las familias rurales se destina fundamentalmente para el autoconsumo,

existiendo pocos excedentes para ser vendidos en el mercado. En consecuencia, el hecho de perder las cosechas de un año por la sequía se convierte en una tragedia humana: “las condiciones climáticas adversas en el corredor seco causan inseguridad alimentaria debido a las reducciones en producciones agrícolas de subsistencia y comercial. [Por lo tanto] Existe una correlación significativa entre los déficits de precipitación desde 2014 a causa de El Niño y el aumento de la migración irregular hacia los EE.UU.”.

La pobreza y el desempleo son las causas más importantes de la migración, a las que siguen las adversidades climáticas con efecto en la agricultura (pérdida de cosechas y pestes) y la violencia delincuencial. La violencia fue un detonante migratorio más fuerte para el caso de Honduras que para los otros países. En Guatemala, un 37 % de los hogares encuestados con miembros migrantes reportó como principal causa de la migración la pérdida de cosechas a causa de la sequía y el 58 % la falta de alimentos. En las comunidades evaluadas, un 58 % de los hogares estaban afectados por el desempleo obligándolos a emigrar. Solo un 56 % de los hogares con familiares en el exterior recibía remesas de un promedio de us\$ 210 mensuales.

Fuente: BID-FIDA-OIM-OEA-PMA 2017.

De manera general, los primeros en emigrar al extranjero a mediados de los años 1960 fueron los ladinos del oriente, particularmente de las cabeceras municipales como Gualán y Huité (Zacapa), San Pedro Pinula (Jalapa), San Juan Ermita y Jocotán (Chiquimula). Eran personas que no estaban en situación de pobreza, tenían una escolaridad media e información sobre sus lugares de destino. Los indígenas rurales empiezan a hacerlo en gran cantidad recién a inicios del siglo XXI.

Eso ha producido que en la zona exista una fuerte llegada de remesas. Quiché es el departamento que recibe más dinero en el Corredor Seco (OIM 2017). En el valle del Motagua y corredor transoceánico, el 14 % de hogares reciben transferencias del exterior (2018) y en las áreas indígenas rurales ese proceso se está también acelerando: en las zonas k'iche'-achi y poqomam-xinka esa proporción ya ha alcanzado al 12 % de los hogares.

A continuación, se describirán en mayor detalle las dinámicas que asumen esas movilidades en diferentes lugares de ese territorio.

Migraciones en el Departamento de Quiché

Hacia mediados de los años 1980, muchos indígenas k'iche' y mestizos pobres del departamento de Quiché sufrieron un desplazamiento forzado interno en los municipios más golpeados por el conflicto armado interno. A esos movimientos luego se sumó un cada vez más importante desplazamiento hacia México y Estados Unidos. Los casos de los municipios de Joyabaj y Zacualpa son ilustrativos para entender esas dinámicas.

En Joyabaj, municipio con un 91 % de población k'iche', el 25 % de los hogares tenían un familiar que se fue a vivir a otro país: el 82 %

fueron hombres, lo cual ha afectado el equilibrio entre mujeres y hombres en la población, con una tasa de masculinidad de 46 %. Es el quinto municipio del país con mayor número de deportados³³.

Aunque, en la actualidad, la movilidad se refiere a cuestiones económicas, esta estuvo asociada también a que esa zona fue severamente golpeada por el terremoto de 1976 y el conflicto armado interno. En los últimos años, la opción de migrar al Norte se ha vuelto atractiva pese a sus altos costos, frente al trabajo estacional en la costa sur, que es percibido como más duro y mal pagado.

La agricultura era la base histórica de la economía local, sector cada vez más tocado por las variaciones climáticas, tal como sucedió en 2019 cuando unas 13 000 familias perdieron todo lo que sembraron a causa de la canícula prolongada, requiriendo apoyo gubernamental para sobrevivir. Aunque existen también otras razones, cuando de migrar se trata “todo tiene que ver con la economía, para buscar mejores oportunidades. Ahorita se cayó por completo la cosecha porque no ha llovido y eso provoca que haya más migración”, reportaba un periodista en 2019³⁴.

El costo económico del viaje es bastante elevado. De los Q 6500 que se necesitaban para un viaje ilegal en 1978, se pasó a requerir Q 45 000 en la primera década del nuevo milenio, y en los últimos años, a Q 75 000³⁵. Considerando que pagar Q 180 por un quintal de maíz es casi imposible para un campesino pobre, se puede establecer que los más pobres no están migrando a Estados Unidos, sino que lo hacen aquellos que tienen algunos ingresos o que acceden a un préstamo en algún banco comercial o a través de agiotistas locales. Estos últimos exigen frecuentemente la garantía de las escrituras de una casa o la hipoteca de un terreno.

Esos periplos están llenos de incertidumbres y graves riesgos. El escenario ideal es llegar a salvo, encontrar un trabajo y quedarse el tiempo suficiente para pagar la deuda adquirida y generar ahorros o destinar el dinero para otras cosas. Sin embargo, las personas pueden llegar a destino, pero corren el riesgo de no encontrar trabajo o ser deportadas sin cumplir sus objetivos. Hay también aquellas que pierden la vida o la salud sin llegar a su destino.

Las redes familiares que se forman en Estados Unidos juegan un papel preponderante en ese proceso, ya que pueden proveer un lugar de descanso para el recién llegado e incluso ayudarlo a encontrar un trabajo y cubrir sus necesidades psicológicas de sentirse arropado por alguien. Providence, en Rhode Island, es la ciudad preferida de los joyabatecos migrantes.

El 25 % de los hogares del municipio reciben remesas del exterior, que se utilizan principalmente para el consumo diario de alimentos o medicinas y, en segundo lugar, para adquirir vestimenta o electrodomésticos y para cubrir los gastos de educación de los familiares. A los que mejor les va adquieren terrenos para la construcción de viviendas.

Además de los riesgos económicos del viaje, que pueden llevar a la ruina a la familia, hay impactos negativos como la ruptura de relaciones familiares, la crianza de hijos sin la presencia de los padres o el envío de menores al Norte, lo cual se realiza en condiciones de gran precariedad, truncando su educación. Aunque se han impulsado iniciativas para potenciar el desarrollo comunitario y apoyar a los jóvenes deportados, los resultados son limitados si no se resuelve la falta de empleo.

En Zacualpa, la migración externa se inicia en la década de los 90; las razones son similares al anterior caso: el conflicto armado interno y luego la persistencia de la pobreza y las limitaciones

agrícolas. En los últimos años, hay también una suerte de “efecto demostración y de estatus”, dicho en palabras de un zacualpense: “...cuando los jóvenes adultos retornan de Estados Unidos, ven a los que vienen llegando, con carro, con qué otras cosas que traen, y entonces dicen ellos «¡Yo voy! Yo quiero algo igual»³⁶.”

Este es un municipio en donde conviven indígenas y ladinos, especialmente en el casco urbano. Los ladinos fueron los primeros en migrar hacia Estados Unidos, mientras que la población indígena, empieza a migrar recién en la década de 1990. La mayoría de los migrantes son jóvenes, entre 15 y 24 años, hombres en casi dos tercios. La mayoría de las mujeres migrantes acompañan a sus esposos, aunque muchas vuelven por los lazos afectivos que las unen con sus familiares. Esos traslados al Norte coexisten con los desplazamientos de mujeres para emplearse en oficios domésticos en la ciudad y con migraciones temporales para trabajo en el corte de caña y en el café.

El costo del viaje al Norte ha ido en aumento. También ha variado la organización de los coyotes, quienes, al inicio, trasladaban a la gente por tierra y aceptaban efectivo. Últimamente utilizan varios medios de transporte y diversas formas de pago: efectivo, cheque, transferencias, entre otras. Cuando el migrante llega a Estados Unidos, regularmente tiene a algún familiar o conocido que lo recibe. Esos periplos no están exentos de contratiempos, como se aprecia en el recuadro 5.5.

En este municipio, el 18 % de los hogares reciben remesas desde el exterior (2018), las cuales se invierten en la construcción de casas con *block*, adquisición de carros o negocios, ya sea de telas, tortillerías, puesto en el mercado y en la compra de terrenos. Las familias usan también esos recursos en material educativo, aunque no es siempre el principal ítem de gasto.

Recuadro 5.5 Trayectos de migrantes zacualpenses

Falla (2008a) relata los distintos lugares donde los zacualpenses trabajan de forma estacional para poder pagar las deudas que acumularon mientras realizan su tránsito por México, y luego, su estadía en Estados Unidos. Es común que queden varados en Altar Sonora (frontera con México-Estados Unidos), trabajando en el corte de cebollas; después en la Florida tienen que arrancar el nylon luego de las cosechas; así como recoger cubetas de pepino y otras tareas por el estilo.

Algunos cuentan que tuvieron que trabajar en Atlanta en la pisco de cebolla, en Carolina del Norte para cosechar mora, chile jalapeño y tabaco, en Carolina del Sur en la limpieza de campos de golf, para llegar a Florida donde consiguieron un trabajo formal: en una panadería, en una mueblería y como jardineros.

Otro cuenta que llegó a Oklahoma, siendo este el primer destino de su viaje. No tuvo diferentes trabajos, pero sí obtuvo ascensos porque como había trabajadores provenientes de su región que no hablaban español, él traducía al k'iche' las regulaciones de la empresa.

Una zacualpense llamada María hizo por su lado el siguiente trayecto: La Mesilla (frontera de Guatemala con México), Puebla y Altar Sonora, en México; el desierto de Arizona, Phoenix, Los Ángeles (en carro), Boston (en avión) y Providence (por tierra). En Providence trabajó en una empresa dedicada a los calamares, por unos meses.



Zacualpa es uno de los municipios donde se recibe mayor cantidad de remesas. De la población beneficiaria de esas transferencias, la mayoría es femenina, indígena y rural. El grupo k'iche' sería el mayor receptor de remesas entre los pueblos indígenas del país³⁷.

Sobre las consecuencias sociales y psicológicas de la migración al Norte se puede anotar la angustia permanente de los familiares cuando un ser querido se va, sobre todo si es menor de edad, en circunstancias de tanta incertidumbre; la preocupación por la posible pérdida de los recursos invertidos; la separación de las familias y la sobrecarga de trabajo en mujeres y personas mayores cuando se va el padre, la madre o ambos. Hay también cambios en la dinámica comunitaria, por ejemplo, en las relaciones entre ladinos del pueblo y personas indígenas migrantes con recursos.

Los motivos del retorno voluntario son varios: extrañar a la familia, el objetivo cumplido, que es el de haber pagado deudas (como préstamos o hipotecas para pagar al coyote), comprar terrenos, construir casas, apoyo económico a sus padres. En muchos casos sienten que van perdiendo su identidad y a la familia, entonces eso les hace regresar. En ese sentido, la identidad étnica puede ser un factor que les da fuerza, pero también decisión para retornar (Falla 2008a). La salud es otro factor, el estrés provocado por las horas de trabajo sin descanso, dormir en espacios reducidos y compartidos, el descontrol en la alimentación, las condiciones insalubres en el trabajo, accidentes, etc. Pero muchas veces no es un retorno definitivo, sino “pendular”, lo que a veces conlleva nuevos costos y deudas.

Migraciones del pueblo achi en Cubulco y Rabinal del departamento de Baja Verapaz

La falta de tierra fértil e irrigada y la dependencia de la agricultura local de la variabilidad de los ciclos de lluvia han sido también las razones determinantes que explican los flujos migratorios entre los achi. Históricamente, los indígenas de Rabinal se trasladaban temporalmente a las fincas de la bocacosta a cortar café, y en la época del auge del algodón, a Escuintla. Con esos ingresos compraban ropa y calzado para sus hijos.

Actualmente la migración a la costa sur ha disminuido mucho por la desaparición de esas fincas, pero también porque el nivel educativo de los jóvenes achi y ladinos ha mejorado, lo cual les ha permitido emplearse en tiendas, almacenes, oficinas o en el sector educativo de Salamá, San Miguel Chicaj o de la capital. Los jóvenes que tienen mayor capacidad económica migran a los Estados Unidos.

La situación de la juventud indígena de Cubulco es diferente a la de Rabinal. Con el auge del cultivo del melón en La Fragua, los achi de Cubulco han sido contratados en las empresas agroexportadoras donde coinciden con trabajadores migrantes de otras etnias y territorios. También siguen trabajando en fincas azucareras en época de zafra. Pero, los que tienen más recursos pagan un *coyote* para que los lleve al Norte.

Cubulco es considerada como zona de gran movimiento y desplazamiento. Según testimonio de autoridades municipales, en el 2013, un 80 % de la población rural joven y adulta se trasladaba afuera del municipio en búsqueda de fuentes de trabajo. Asimismo, Cubulco, junto con Purulhá, son los municipios del departamento con mayor cantidad de migrantes en otros países.

Al inicio, se iba a Estados Unidos la población masculina, urbana y con cierto nivel educativo (maestros, contadores y bachilleres). Desde hace poco más de quince años, comenzaron a salir hombres indígenas y mestizos rurales con menor nivel educativo. Eso se ha acelerado en la segunda década del siglo XXI. En 2018, autoridades de Cubulco indicaba que el flujo era imparable y que cada semana salían unos 15 vecinos de la localidad, acompañados de un *coyote*³⁸. Es el municipio que recibió más deportados en Baja Verapaz.

Migración ch’orti’ en Jocotán y Camotán

Los ch’orti’ tienen una tendencia histórica a migrar dentro de la república y a otros países de Centroamérica (Honduras y El Salvador), pero recién en la segunda década del siglo XXI, comienzan a salir hacia Estados Unidos. En cambio, los ladinos de las cabeceras de los municipios de esa zona migraron al Norte desde finales de los años 1970.

La vulnerabilidad social y ambiental de los ch’orti’ proviene de la pérdida de sus mejores tierras y la reducción del tamaño de sus parcelas. Ambas situaciones hacen que, hoy en día, los suelos en muchas de sus tierras se estén erosionando, reduciéndose mucho el rendimiento agrícola. Esa situación los obligó a emplearse temporalmente en fincas bananeras, algodoneras y en el cultivo del café. Últimamente, trabajan en el corte del cardamomo en Honduras. También llegaron a Petén, donde fueron contratados para el manejo de la milpa y el corte de frijol.

Los jóvenes indígenas del área rural de Jocotán y Camotán se van por temporadas de dos o tres meses. Los ingresos obtenidos son invertidos en mejoras a las viviendas, compra de muebles, abono y equipo agrícola. Aunque el deterioro económico de la zona ha sido tan grande últimamente que estos desplazamientos se realizan cada vez más para gastos de subsistencia.

Los ladinos de Jocotán, Camotán, Olopa y San Juan Ermita fueron los primeros en migrar a Estados Unidos. Ciertos municipios de Chiquimula con población mayoritariamente ladina, como Concepción Las Minas, registran altos porcentajes de población migrante: el 26 % de sus hogares reportaron recibir remesas desde el exterior, en contraste con el 5 % en las zonas ch’orti’. Es decir, no han sido los más pobres los que migraron a Estados Unidos primero, sino

los que tenían redes de información y cierta capacidad económica para sufragar el pago del coyote y otros trámites.

El aumento de la salida de personas ch’orti’ entre 2000 y 2018 estuvo asociada a la sequía severa que les afectó y a la caída del precio del café. Los eventos climáticos que se han sucedido en el siglo XXI y que han golpeado al territorio ch’orti’ obligaron a sus pobladores a buscar nuevas alternativas migratorias. Quienes migraron primero fueron los líderes comunitarios, es decir, personas con cierta formación y experiencia. En cambio, las personas más pobres y que no han tenido acceso a educación se quedaron en la comunidad y buscaron opciones de migración temporal interna para obtener ingresos de sobrevivencia.

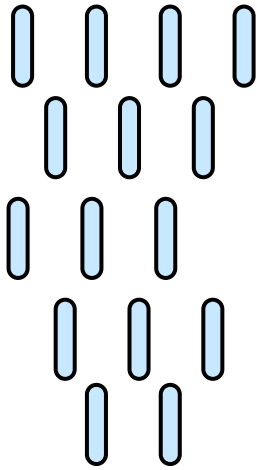
Las personas ch’orti’ que logran llegar a Estados Unidos generalmente envían remesas pequeñas, de US\$ 25 mensuales, pero aun si eso es poco, marca la diferencia en este territorio. Cuando son importantes, que no siempre es el caso, se invierten en la construcción de viviendas y para sufragar los gastos de la educación de hijos o hermanos, buscando que puedan concluir una carrera de nivel medio o diversificado³⁹.

Migración poqomam y ladina en Jalapa

La falta de fuentes de empleo, de oportunidades de estudio y las dificultades en el acceso a la tierra y su baja productividad en San Pedro Pinula (Jalapa) han sido los factores que empujan a sus pobladores a migrar.⁴⁰ Como en los otros casos descritos anteriormente, se sale primero hacia la cabecera departamental de Jalapa, la costa sur y Petén. Los primeros en ir a Estados Unidos, a finales de los años 1960, fueron los ladinos, en dirección a Boston (Massachusetts) y Providence (Rhode Island).

En San Pedro Pinula, los ladinos residen en la cabecera municipal, donde se ubica el poder político y el comercio. Los indígenas poqomanes habitan en unas 25 aldeas dispersas. Los ladinos son los propietarios de las mejores tierras del municipio; en ellas crían ganado vacuno para la producción de lácteos. Esos propietarios arriendan parcelas de tierra para el cultivo del frijol y maíz a indígenas⁴¹.

Después del conflicto armado interno, en el que muchos hombres mayas de San Pedro Pinula fueron reclutados por el ejército, se acelera la migración al Norte liderada por esos exsoldados. En esa época, los migrantes eran sobre todo ladinos. Los indígenas usaron las relaciones sociales que mantenían con sus antiguos empleadores para su migración. A ellos recurrieron para preguntarles por los costos del viaje, las rutas, los lugares de destino y referencias en los Estados Unidos.



Cuando algunos poqomanes migrantes regresaron a San Pedro Pinula, se negaron a trabajar como subalternos de los ladinos. Algunos retornados indígenas intentaron invertir sus remesas y ahorros en la compra de tierra pero encontraron dificultades. Por su lado, los ladinos migrantes que no tenían tierra por herencia o conexiones familiares invertían su dinero en pequeños negocios comerciales, mientras que los indígenas optaban por abrir tiendas de productos básicos⁴².

Migración ladina desde el valle del Motagua

La movilidad al extranjero concierne a poblaciones diversas. Es el caso del municipio de Gualán (Zacapa), ladino y compuesto por latifundios dedicados al cultivo del café —en las partes altas— y a la crianza de ganado, en las planicies.

La migración de los gualantecos al Norte se inició a mediados de los años 1960, y a inicio del siglo XXI afectaba a grandes contingentes de vecinos del municipio. Ellos tenían conexiones familiares transnacionales y redes migratorias fuertes que marcaron la existencia de al menos dos generaciones. Sus lugares de destino eran principalmente Los Ángeles, California, Las Vegas y Chicago⁴³.

Los impactos son significativos: las remesas hicieron que el precio de la tierra aumentara, al igual que la construcción y mejora de viviendas y la apertura de talleres de mecánica, almacenes de ventas de llantas, restaurantes y tiendas de ropa de segunda mano. Ha aumentado también la compra de vehículos, *pick-ups*, microbuses para el transporte. Los retornados a Gualán quieren marcar la diferencia e introducen mejoras en los negocios para que estos luzcan modernos y cómodos.

Algunos invirtieron en la crianza de ganado en Petén o bien compraron ganado. Surgieron también nuevos barrios residenciales en las afueras del pueblo. Esas inversiones han aumentado los ingresos de algunas personas, pero su impacto a nivel local es limitado porque no crean empleos en número suficiente ni son actividades económicas muy dinámicas, a la larga. Además, ha aumentado la diferenciación entre los retornados y los residentes en el pueblo. Los primeros logran abrir negocios, contratar guardias de seguridad, servicio doméstico, pagar buenos colegios para sus hijos, entre otros.

Hay también secuelas en la crianza y educación de niños y adolescentes por parte de parientes y personas encargadas. Algunos pasan varios años sin volver y solo mantienen relación con sus hijos mediante regalos y comunicaciones. También hay casos, luego de varios años, en que los padres mandan a traer a sus hijos, provocando inestabilidades emocionales en los parientes que los cuidaron.

Existen también impactos en la cultura local: cambios en los gustos y costumbres en materia de vivienda e indumentaria. Varias mujeres migrantes han logrado independencia económica, más confianza en sí mismas y empoderamiento. Lo que les permite salir de relaciones de abuso, cuando las hay. Sin embargo, persiste en muchos casos la costumbre tradicional de que sea el hombre quien decida cómo se gasta el dinero de los ingresos familiares⁴⁴.

5.3 La migración externa y la transformación de los territorios

A continuación, se abordará cómo la migración externa, sobre todo hacia Estados Unidos, produce cambios en los patrones de consumo, en el uso de las remesas y en la economía local, en la formación de nuevas redes familiares y comunitarias, en los cambios en el urbanismo y en la ocupación del territorio y en la modificación de pautas e identidades culturales.

Para ilustrar esos tópicos se recurrirá a un análisis detallado de los impactos de esos fenómenos en los Cuchumatanes, complementado de un análisis más general en el Altiplano Centro Occidental.

5.3.1 El dinamismo del cambio impulsado por la migración externa en Cuchumatanes

En las primeras décadas del siglo XXI, el territorio de Los Cuchumatanes, su geografía, ruralidad, composición demográfica, subjetividades y formas de organización social están cambiando, resultado de las dinámicas que están impactando a este territorio de frontera. La salida masiva a Estados Unidos confluye con otras dinámicas como son la transformación de la ruralidad, el crecimiento urbano, la amplitud de los mercados ilegales, los conflictos por recursos naturales y acceso a la tierra, y otras más como la diversificación interna de la población y la transición demográfica.

Remesas, consumo local y diversificación económica: ciertas mejoras, pero sin cambio estructural

El objetivo de los miles de personas que optaron por salir era, fundamentalmente, obtener más ingresos y mejores condiciones de vida. Muchos lograron ese propósito, pero también esos ingresos y las remesas están asociados a otros efectos: el encarecimiento del costo de la tierra, la acumulación de deudas, el aumento de la desigualdad interna y un círculo vicioso en el que se necesitan más recursos para sostener un patrón de consumo “más moderno” pero también más costoso. Así, la necesidad de dólares no solo se mantiene, sino que se amplifica, incentivando nuevas migraciones. La dependencia afecta usualmente a toda la familia que debe asumir la deuda, financiera y moral, que luego debe ser financiada con remesas.

En el caso de los Cuchumatanes, donde el 17.5 % de los hogares recibe remesas, un primer impacto es la creciente monetización y mercantilización de la economía. La mayor parte de estos dólares se destinan a asegurar la subsistencia de las familias que los reciben: los migrantes se dedican a mantener el consumo cotidiano del hogar, intentando salir de los umbrales de pobreza y a algunos les permite invertir en vivienda, tierras y otros consumos. Cuando se puede, se realiza el esfuerzo por mejorar las condiciones de educación y de salud de los miembros de la familia.

En estos rubros, un efecto es la proliferación de establecimientos privados de educación —sobre todo secundaria— y salud financiados por las remesas. En muchos casos, esos establecimientos facilitan el acceso a la educación, pero sin condiciones de mejora sustantiva de su calidad. Donde hay mejores indicios de aprovechamiento, este se debería a su vínculo con otros procesos de largo plazo de inversión en educación, como los que se han observado en San Mateo Ixtatán y en San Juan Ixcoy⁴⁵.

En San Mateo Ixtatán, la Fundación Ixtateca (Ixtatán Foundation) y la Asociación de Desarrollo Integral Inhat (Semilla) han promovido, por ejemplo, la creación de escuelas de nivel medio y diversificado, con base en la solidaridad de estadounidenses y una importante participación de migrantes y retornados, logrando que los jóvenes eleven su nivel de escolaridad. Este caso demuestra el funcionamiento del capital social de esas comunidades que fomenta la cohesión social⁴⁶.

En Los Cuchumatanes se ha reducido el analfabetismo de un 50 % en 2002 a un 33 % en 2018, y se han duplicado las personas con estudios de secundaria: de apenas un 6.9 % a un 16 %. Indicadores que, sin embargo, siguen por debajo de los promedios nacionales. Estos resultados son

especialmente llamativos entre los popti’, que logran niveles de escolaridad más elevados en relación con los estándares del territorio: apenas un 20 % sin estudios y a un 30 % con media o superior⁴⁷.

De la misma manera, hay ciertos indicadores que muestran que la atención en salud ha mejorado en estas dos últimas décadas. Aunque la población del territorio de Los Cuchumatanes sigue siendo joven (24 años de media frente a los 26.5 a nivel nacional) la presencia de personas mayores de 30 años ha subido de un 26.4 % a un 31.7 %, con lo que el índice de envejecimiento ha pasado de 7.9 % a 12.8 %, y los popti’ incluso superan el índice nacional (16.8 %) con un 18.7 %.

Además de asegurar estas necesidades básicas y la construcción de viviendas, los ingresos por remesas han dinamizado las economías locales con inversiones de distinto nivel, principalmente en comercio, construcción o transporte: entre el 2002 y el 2018 aumentaron los empleos ligados al comercio (de 5.4 % a 9.8 %), a la construcción (4.1 % a 6.3 %), al transporte (1.3 % a 2.6 %), a los servicios (de 4.1 % a 5.5 %) y a la enseñanza (de 2 % a 3.9 %) en esos territorios.

El proceso migratorio genera gastos, deudas y embargos, con el deseo de llegar al Norte. Hay distintas maneras de obtener el préstamo: hipotecando tierras o casas, recurriendo a familiares en Estados Unidos o del municipio, auxiliándose con cooperativas o bancos que pueden llegar a cobrar intereses del 10-12 % o con los mismos coyotes, que suelen ser prestamistas.

Además de los colegios y clínicas privadas, una de las primeras inversiones de los migrantes fue en el transporte regional, renovando la flota de autobuses. En las cabeceras municipales y otros núcleos han proliferado pequeños negocios. La existencia de flujo monetario atrae servicios que antes no existían: los bancos nacionales

y las cooperativas locales han abierto oficinas en estos lugares⁴⁸.

Pero pese a estos cambios en la cotidianidad, la mayoría de los pobladores de Los Cuchumatanes siguen siendo campesinos que dependen de su tierra: más del 50 % trabaja en una agricultura que no asegura la subsistencia, ni produce beneficios en el mercado. Las familias deben promover estrategias de diversificación de fuentes de ingresos.

Las remesas deben combinarse con diferentes actividades para cubrir mínimamente las necesidades de las familias, sin que eso permita reducir significativamente la pobreza, que seguía afectando al 74 % de los hogares del departamento de Huehuetenango. Y si consideramos solo a los indígenas, estas cifras son más reveladoras. Por ejemplo, en escolaridad, frente a los 6.2 años de escolaridad promedio nacional, los akatekos y chujes apenas superan dos años y medio, y los mames y q’anjob’ales, tres.

Al parecer, el impacto de las remesas y otras fuentes de ingresos recientes han traído un modesto crecimiento económico y han impedido que varias familias caigan en extrema pobreza, pero no han generado desarrollo ni mejoras sustantivas en las capacidades humanas de la población, y menos aún, una diversificación sostenible de la base productiva territorial.

Dentro de este panorama general, solo los popti’ parecen haber encontrado opciones para mejorar sus condiciones de vida de manera más sostenible. Es ahí donde hay cifras más altas de educación y donde la diversificación económica es mayor. Parecería que esto se debe al mantenimiento del control sobre sus tierras medias y bajas, que les permitió apostar por el cultivo del café junto con la educación y cierta diversificación profesional, como maestros⁴⁹, procesos reforzados por las remesas e ingresos que consiguen por su cercanía a la frontera.

Los hombres, mujeres, jóvenes y niños salen de sus hogares y de sus comunidades para obtener unos ingresos que no encuentran en sus pueblos. Pero cuando regresan, no encuentran frecuentemente una manera de sacarle provecho a lo obtenido: la misma ausencia de posibilidades de subsistencia que motivó su salida sigue presente en su tierra, lo que hace que sus inversiones no sean rentables.

Un migrante deportado de San Mateo Ixtatán lo explica: “De hecho uno quisiera hacer muchas cosas, pero el factor económico nos impide hacer. Uno acá es que no hay dinero, negocio podría haber, pero no hay compradores, no hay venta. No se puede salir adelante a corto plazo. La única opción que tenemos todos es intentar volver allá”⁵⁰.

Las personas migrantes aprendieron y desempeñaron diferentes oficios en la construcción, la jardinería, la cocina o la industria, pero difícilmente pueden poner esos conocimientos en práctica al retornar a sus comunidades de origen, por la ausencia de oportunidades de empleo en estas áreas y la inadecuación de gran parte de las técnicas aprendidas con la realidad del altiplano occidental. La mayoría de las personas retornadas regresa a la agricultura de subsistencia, al empleo informal o al desempleo; algunos intentan invertir en un negocio, pero pocas veces estos resultan exitosos⁵¹.

Cambios en la familia y composición de la población

Otro ámbito de cambios interesantes es la diversificación interna que ya se venía dando en todo el mundo indígena desde los años sesenta del siglo pasado, que no podía quedar indiferente a la salida de tantos hombres jóvenes, solteros y casados, ni a la aparición de flujos monetarios diversos que implican ajustes en familias, comunidades y territorios.

Estos cambios forman parte y son paralelos al proceso de transición demográfica que se manifiesta en la caída del número de hijos por mujer a nivel nacional desde 4.39 a los 3.81 entre 2002 y 2018. La sociedad cuchumatana se caracteriza por mantener aún patrones más apegados al modelo demográfico campesino y, de hecho, en 2018 la media de hijos por mujer era de 4.30. No obstante, esto no obvia que el promedio ha bajado desde los 4.92 de 2002.

Producto de esta disminución y de los avances en la sanidad y calidad de las condiciones de vida, la pirámide poblacional está cambiando, aumentando la proporción de mayores de 30 años, de un 26.4 % a un 31.7 % entre 2002 y 2018. De esta forma, el índice de dependencia era de 80 en 2018 cuando estaba en 107 hace dieciséis años. De todas formas, hay que insistir que, pese a los cambios, en todos estos indicadores Los Cuchumatanes muestran siempre un comportamiento alejado de la media nacional. La excepción nuevamente es el territorio popti', más cercano al promedio nacional.

La migración de hombres tiene un reflejo demográfico: la proporción de hombres en este territorio es de 47.5 %, siendo el nivel nacional de 48.5 %. Este es el reflejo de una realidad social que se aprecia sobre todo a nivel familiar. Esta es la instancia social donde son más evidentes las recomposiciones ante la ausencia de

alguno de sus miembros, más cuando se trata de unidades campesinas donde cada uno tiene funciones esenciales y jerarquizadas para la reproducción del colectivo.

La salida migratoria se basa en la familia, es una inversión y una estrategia de la que dependen todos. La recepción de remesas tiene su ciclo, puede acabar con el retorno de la persona o cuando esta decide construir su propio núcleo familiar en el extranjero. También sobre la familia pesan las deudas por los viajes frustrados y el recibir a los deportados, y el peso de la idea descalificadora de la “desintegración familiar” debido a separaciones, abandonos de mujeres e hijos, embarazos no deseados, que a veces ocasionan las dislocaciones de la transnacionalidad en la familia.

De igual manera, la reactivación de la vida transfronteriza en muchos municipios ha hecho que aparezcan familias con actividades que superan las fronteras y que tienen prácticas sociales binacionales y biculturales.

Se puede decir que la familia sustenta la posibilidad del sacrificio que implica el desplazamiento de uno de sus miembros. Y, paradójicamente, el costo de mantener económicamente esta unidad es precisamente su desintegración como tal en el espacio y el tiempo. Esto obliga a estrategias de agrupación de la familia extensa para contar con más apoyos y asegurar mano de obra masculina adulta. Favorece también la aparición de familias transnacionales, es decir que “viven una parte o la mayor parte del tiempo separados los unos de los otros y que son capaces de crear vínculos que permiten que sus miembros se sientan parte de una unidad y perciban su bienestar desde una dimensión colectiva, a pesar de la distancia física” (de Bryceson y Vuorela en Zapata 2016: 16).

Esta modalidad de familia supone transformaciones en las relaciones sociales, en la vida cotidiana y en la organización y estructura de la familia. Se consolidan *redes* familiares con diversas nacionalidades, lenguas y prácticas culturales. Sin embargo, estas familias suelen ser inestables e incompletas, colocando a las mujeres que se quedan en la comunidad en una situación compleja, pues deben asumir responsabilidades al mismo tiempo que están bajo observación.



La estratificación y división interna de la comunidad

Desde que la recepción de remesas empezó a formar parte de la vida cotidiana, comenzó el fenómeno de *la diferenciación interna* a partir de esos ingresos. En el municipio q'anjob'al de Santa Eulalia, Eric Popkin (2005) observaba que a finales del siglo pasado, la comunidad se veía crecientemente estratificada por el ingreso de las remesas, según se apreciaba en la tenencia de la tierra y las condiciones de vida: mejores casas, servicios, alimentación y más animales de granja. Por el contrario, los hogares que no contaban con emigrantes continuaban saliendo a las fincas de la costa o acababan trabajando como asalariados para los hogares que sí contaban con emigrantes.

La migración hacia otros países exacerba frecuentemente la estratificación de clase y social en la comunidad de origen, pues quienes pueden permitírselo hacen evidentes los signos o marcas del “éxito”: los carros, las casas, las ropas, los electrodomésticos, los dientes de oro, los collares, los celulares. La llamada “arquitectura de remesas” es otro de sus símbolos⁵².

Se puede decir que con estas remesas se rompe con la horizontalidad de compartir unas condiciones de pobreza y capacidad redistributiva en la comunidad, pero también hay que señalar que se trata de ciclos, y unas y otras familias podrían verse beneficiadas en unos momentos y no en otros, por ejemplo, cuando sus miembros ausentes han retornado o se han independizado⁵³.

Además de las remesas, hay otros tipos de ingresos que fomentan esta estratificación. Algunos, como los salarios de maestros, peritos contadores y otras profesiones, pueden ser fruto de esfuerzos individuales y familiares, y responden a procesos de diversificación de larga data. Los maestros son un sector con presencia y poder local en lugares como Jacaltenango y Todos Santos Cuchumatán. Otros ingresos provienen de actividades comerciales informales y, en ciertos casos, de negocios ilegales relacionadas con el transporte de personas, mercancías o droga a través de la frontera.

Todos estos cambios en la sociedad de Los Cuchumatanes se plasman en la presencia de nuevos sujetos sociales, personajes surgidos de las movi­lidades, los cambios demográficos y políticos, que antes no existían o no eran socialmente tan relevantes como ahora⁵⁴.



El migrante y el retornado

El protagonista por antonomasia de la movilidad es el *ausente*, el que no está: alrededor de su ausencia se dan muchos de los arreglos y cambios sociales que hemos visto. El migrante se materializa en la comunidad en la figura del “norteño”, el “playense”, el transeúnte, producto del modelo de vida circular de ida y vuelta, que se complementa con los trabajadores temporales.

A través de cada una de las visitas y movimientos circulares de cada uno de los *ausentes*, su presencia se vuelve constante, pero es más importante en fechas destacadas, como las fiestas titulares de cada lugar. En esos momentos, su figura incorpora símbolos y modos culturales nuevos —mexicanos, chicanos— combinados con los propios de la masculinidad q'anjob'al, que asociados al “éxito” de este actor, tienen un efecto de demostración en las comunidades⁵⁵.

Ligados a estas dinámicas están también los *retornados voluntarios*, quienes han decidido cerrar el ciclo y regresar a la comunidad. La experiencia puede haber sido más o menos exitosa y los resultados más o menos visibles. Esas personas suelen llegar con iniciativa e inquietud, la movilidad les ha dotado de una mayor confianza en sí mismos y gozan de reconocimiento por parte de la propia comunidad, pudiendo convertirse en actores comunitarios importantes.

Los deportados, la cara oscura de la movilidad

Más compleja es la figura de los *deportados*, expresión de la aplicación de medidas migratorias restrictivas. Habría que diferenciar entre las deportaciones hechas en Estados Unidos, las *removals* o expulsión de extranjeros inadmisibles con consecuencias administrativas o penales sobre reingresos subsecuentes; los retornos (*returns*) que no se fundamentan en una orden de remoción y por tanto no tienen consecuencias posteriores; y los viajes frustrados, que terminan antes de poder llegar al Norte⁵⁶. Estas circunstancias afectan el comportamiento de estas personas en la readaptación a la vida en la comunidad y la familia.

Trabajando con población retornada en el norte de Huehuetenango, Falla y Yojcom (2012) identifican un rasgo común entre deportados y retornados. Aunque los primeros son mucho más parcos y reservados que los segundos, a ambos les cuesta referirse a su experiencia: “las personas prefieren ahondar en la parte épica del relato, en la historia del viaje y las hazañas realizadas en el país de destino; y buscan obviar las dificultades que han tenido que enfrentar desde que retornaron a Guatemala” (recogido en Gramajo 2019: 17). Los deportados suelen

presentar un estado anímico depresivo: “regresan con las manos vacías y les da vergüenza trabajar” (Roldán 2014). Incluso son objeto de descrédito social y reciben un trato hostil y despectivo que les hace sentir vergüenza (Cballeros 2018).

Las dificultades de deportados y retornados no solo remiten a la dimensión laboral, sino que el regreso se enfrenta a otros apuros: integrarse nuevamente a la familia y a la comunidad, adquirir un crédito, acceder a la educación o capacitación técnica en el país de origen o superar el proceso traumático que puede conllevar un proceso de detención y la deportación,⁵⁷ que incluso puede generar una sensación de fracaso con impactos a nivel humano y personal muy complejos. La deportación y estas consecuencias son parte de la cara oscura de la movilidad de la que apenas se habla. Esa situación no es, por otra parte, el final de la tentación migratoria. Los Estados Unidos siguen siendo percibidos como un lugar de oportunidades, de manera que incluso los retornados voluntarios vuelven a desear probar el camino.

Los límites de la legalidad: las redes del *coyotaje*

Además de los que se movilizan, están quienes les hacen llegar hasta allá: los denominados peyorativamente *coyotes*. Estos actores forman parte del grupo de sujetos recreados alrededor del trasiego fronterizo. El *coyote*, pasador o guía de migrantes, es el experto en “negociar la frontera”, posee contactos que facilitan el tránsito por la frontera, siendo percibidos, a veces, como prestadores de un servicio a la comunidad, pero también siendo parte de la lucrativa “industria de la migración”. Algunos de ellos

obtienen con esa actividad recursos, prestigio social e incluso posiciones de poder⁵⁸.

En San Juan Ixcay se le llama *coyote* a aquel guía de viaje experimentado que posee su propia “línea” o red conformada para llegar a Estados Unidos atravesando ciudades mexicanas donde tienen casas, bodegas o contactos para hospedar a los “pollos” (migrantes) en hoteles de bajo costo. Emplean a sus propios operadores de viaje, normalmente familiares cercanos. Entre sus contactos se encuentran policías, agentes de migración y el crimen organizado⁵⁹.

Algunos actores involucrados en las redes del *coyotaje* han ido derivando de un modelo más familiar y/o comunal a profesionales que están vinculados a estructuras criminales locales y transnacionales, que lucran con su servicio y facilitan el paso por México, controlado por diferentes cárteles que exigen su cuota y dan a cambio una contraseña para el cruce.

Las mujeres, las y los jóvenes: transformación de las relaciones de género y generacionales.

Muchas de estas transformaciones se vuelven más visibles entre las mujeres y las y los jóvenes. Con la fuerte salida de tantos hombres de las comunidades, el papel de la mujer se redimensiona y reta las representaciones del poder y el género en la comunidad indígena rural, y con ello, elementos clave como el matrimonio, la maternidad, la familia.

La salida del hombre casado transforma la convivencia cotidiana de la comunidad y sus normas sociales. A pesar de la tradición de una migración temporal por varios meses al año, la jefatura de hogar a cargo de la mujer no se había dado tan extensamente como ahora. Por consiguiente, se redefine el papel de la mujer en tanto que ella debe asumir las funciones reconocidas para “el varón”, “el padre”, “el proveedor de recursos”, tales como tomar decisiones sobre el patrimonio, la autoridad, la administración del dinero y los bienes —productivos y no productivos—. Ahora es ella la garante de la integridad familiar y, aunque esto se podría traducir en una mayor autonomía e independencia, no siempre ocurre así⁶⁰.

La figura de la *viuda blanca* es emblemática de las mujeres cuyos esposos están ausentes por varios años y manifiestan sentimientos de abandono y melancolía mientras están a la cabeza de la *familia transnacional*. Las mujeres asumen la responsabilidad del grupo familiar y comunitario. Desde esta posición ambigua, se hacen cargo de nuevos y exigentes compromisos en la división del trabajo, tales como asumir responsabilidades y actuar en nuevos espacios, salir a los bancos, a contratar mozos, a trabajar la tierra, a las reuniones comunales y a otros espacios.

Algunas incursionan también en ámbitos de participación política, tales como organizaciones sociales de base, liderazgos comunitarios, asociaciones culturales y religiosas, consejos de desarrollo y partidos políticos, hasta llegar a participar en las contiendas electorales para asumir espacios en la administración municipal y/o como parlamentarias.

Entre las mujeres más jóvenes, la participación en las mismas dinámicas de movilidad y la entrada —aún limitada— a los procesos de formación y educación, favorecida por las remesas, están contribuyendo a cerrar la brecha histórica.

Para muchos hombres jóvenes, la apuesta, la esperanza y la experiencia de migrar se ha convertido en un ritual de paso a la masculinidad y al ser adulto. Eso les permite conocer otras posibilidades de vida, entrar en contacto con espacios fuera del territorio y cuestionar las normas del respeto jerárquico y de autoridad, propios de las comunidades.

Algunos de estos muchachos, considerados rebeldes, retan las tradicionales formas de control social y organización comunitaria con otros gustos, modas y comportamientos. En estos casos, la actitud de los jóvenes es vista como una amenaza a las normas comunitarias de jerarquía y respeto; pero muchos de ellos dicen que lo que están haciendo es fortalecer y renovar las estructuras comunitarias desde sus nuevas formas de entender este espacio.

El caso del Consejo de Juventud para el Desarrollo Ixcayense (COJDI) de San Juan Ixcay, que retrata Piedrasanta (2016) sería el ejemplo más claro de este involucramiento de los y las jóvenes en las dinámicas comunitarias. Freddi (2018) analiza el caso del joven retornado que regresa a Todos Santos Cuchumatán y pone en marcha una radio comunitaria que se convierte en un espacio de participación social y recreación cultural.

Algunos de estos jóvenes entran de alguna manera en las dinámicas de “mayanización” de las identidades indígenas que se dieron después del proceso de paz⁶¹. A través de instituciones como la Academia de Lenguas Mayas y de organizaciones locales y regionales, el discurso de los derechos indígenas y la defensa de la cultura fue tomando forma. Jacaltenango asumió lo popti’ como parte del orgullo local, mientras Santa Eulalia se convirtió o siguió siendo el centro simbólico de la política q’anjob’al⁶². Algunos de estos colectivos se involucraron, por ejemplo, en la realización de consultas comunitarias relacionadas con actividades extractivas.

Urbanización desordenada y nuevas ruralidades

Hay igualmente modificaciones en los patrones de ocupación y uso del territorio. De ser una región con una configuración rural y campesina, está transitando hacia una en la que se percibe más urbanización y la emergencia de nuevos espacios rurales en los que hay mayor diversificación de ocupaciones y una combinación de prácticas y culturas propias de las urbes con las tradicionalmente campesino-rurales.

Camus (2008) se refería ya a estos cambios como una suerte de “modernidad cuchumatana” sostenida por la economía de las remesas y otras fuentes de ingresos informales, y relacionada con las experiencias de la migración externa y sus efectos en la familia, la comunidad y la cultura local.

Un ejemplo paradigmático de este fenómeno es la proliferación de la denominada “arquitectura de remesas” en numerosos espacios anteriormente rurales. Se trata de la aparición de viviendas nuevas de varios pisos con equipamientos y servicios modernos que se distinguen por un uso intensivo del *block* y el cemento en un estilo arquitectónico ecléctico de residencias que se alejan de los cánones de la vivienda tradicional rural, pero que contienen igualmente elementos iconográficos asociados a los mitos chuj y a la experiencia migratoria de sus dueños (banderas de Estados Unidos y otros símbolos asociados).

Estas son también un recordatorio de que estas mejoras en ciertas dimensiones de la calidad de vida son esencialmente el producto de un esfuerzo y sacrificio individual. Los propios pobladores insisten en que si hay mejoras en el territorio en equipamiento, vivienda y servicios es porque ellos mismos lo hicieron con “su trabajo”; percepción crucial pensando en el rol que deben tener las instituciones estatales en esas regiones.

Los cambios en las comunidades indígenas

Uno de los elementos que caracteriza a la población de Los Cuchumatanes es su carácter indígena. Pero esta permanencia no implica inmovilidad, sino por el contrario, refleja su capacidad de adaptación y recreación ante los cambios que se van produciendo.

Como se ha visto, las comunidades indígenas acumulan una larga historia de movilidades. Todos estos procesos han impactado en la territorialidad de estos pueblos y están incorporados en las vivencias y percepciones de las comunidades. Las migraciones hacia el Norte la están ampliando, diversificando y complejizando.

La emergencia de numerosas diásporas, sobre todo en Estados Unidos, está generando nuevas realidades socioculturales que articulan y hacen compartir aspectos de la vida a diferentes localidades y poblaciones en formas distintas (Kron 2007b). Es decir, el territorio original se expande y amplía en formas simbólicas, afectivas y culturales. De esta manera, por ejemplo, las comunidades popti’ de Jacaltenango trascienden su espacio histórico original ampliándose a los lugares donde algunos miembros de ese pueblo se han instalado, recreando su cultura desde fuera de Guatemala, pero sin perder sus vínculos familiares y sociales con su comunidad de origen.

Algunos especialistas hablan de territorialidades formadas por redes *rizomáticas*, es decir, compuestas de nodos no jerarquizados ubicados en diversos puntos entre tres o más países⁶³, que vinculan, por ejemplo, a los habitantes de un municipio en Huehuetenango con sus paisanos en la Florida y otros que realizan labores temporales regulares en Cancún. Contrariamente a lo que esto parece sugerir, la movilidad y dispersión de los miembros de una

comunidad por el mundo no disuelve o debilita necesariamente sus vínculos con los espacios y territorios locales de donde salieron, al contrario, los refuerza articulándolos con otros espacios y puede incluso revalorizarlos como espacios de referencia y definición identitaria.

Es así como se dan situaciones paradójicas. La misma diáspora e inserción de la población indígena a dinámicas transnacionales les ha permitido retomar legitimidad y espacios en municipios en los que el poder y los recursos estaban en manos de la población mestiza, pese a ser poblacionalmente de mayoría indígena. Esto se refleja en la presencia de emprendimientos y viviendas de indígenas en el centro de las urbes de la región. Un ejemplo son las inversiones y posicionamiento económico de algunos q’anjob’ales y poptís en la cabecera departamental de Huehuetenango.

Estos nuevos espacios transnacionales son alentados por nuevas instituciones. Es el caso de las asociaciones de migrantes que inciden con actividades culturales o de desarrollo. Este fenómeno se expone en Solares (2016): “en ciertos pueblos estadounidenses, alejados de grandes ciudades, se encuentran colonias nutridas provenientes de un mismo municipio o grupo de municipios, frecuentemente asociados por idioma originario. Esta forma asociativa es exclusiva de migraciones indígenas guatemaltecas, y no tanto de ladinos guatemaltecos, ni de países vecinos.... la pertenencia indígena puede ser el elemento determinante en la selección del destino migratorio guatemalteco”.

También las radios comunitarias, como mecanismos que alivian las distancias, son importantes elementos de recreación de las comunidades más allá de las fronteras. La radio Snuq Jolom Konob, de Santa Eulalia, tiene buena parte de su audiencia en Estados Unidos y una de sus funciones básicas es transmitir mensajes.

Estas radios cumplen un papel de articulación en la vida cotidiana de los migrantes y sus comunidades de origen y, junto con la extensión en el uso de celulares y otras formas de comunicación, permiten la relación entre las comunidades y sus miembros. La OIM (2017: 19) señala que Huehuetenango está entre los departamentos con mayor reporte de uso de servicios como telefonía e Internet.

La comunidad suele ser el espacio por antonomasia de la reproducción social de lo indígena, por tanto, los comportamientos colectivos asociados a ella están siendo puestos a prueba por el contexto descrito en este capítulo. La dispersión física de sus miembros, la ausencia de varones adultos, las formas culturales nuevas, la emancipación de los jóvenes, el protagonismo de las mujeres, las violencias sufridas, entre otros, son elementos que están cuestionando las formas heredadas de jerarquía, solidaridad y control social a la base de las construcciones comunitarias.

Esas incertidumbres y tensiones socioculturales se reflejan en situaciones negativas y positivas. Un ejemplo de las primeras es el aumento de situaciones de violencia, la aparición de grupos de autodefensa y la aparición de malestares como el estrés o la tensión nerviosa en un entorno social impactado por la salida de muchas personas en condiciones inciertas.

Pero también eso produce un fortalecimiento de las estructuras comunitarias para hacer frente a esas adversidades: “Sobre todo porque la comunidad está atenta de quien se va y los proyectos de sus miembros, especialmente en Yalambojoch que cuenta con un sistema de autoridad que implica tiempos para hacer actividades comunitarias, trabajos, apoyos, participación en asambleas, participación en la junta directiva, en actividades culturales, deportivas, etc. Hay un control exacto entre quienes están, quienes se fueron y si logran su objetivo o son retornados. Es decir, la comunidad es vista como una gran familia, con sus particularidades y carencias, pero una familia grande, que también ha jugado un papel importante en recibir a “sus hijos pródigos” o de rechazarlos”⁶⁴.



De esta manera, los migrantes y sus familias encuentran en esas comunidades un sostén adicional para enfrentar los riesgos y las tristezas íntimas de la separación, pero también referentes para otras tareas colectivas que apuntan al desarrollo local, e incluso apoyo para la reintegración de los que retornan. Igual que viajar al Norte contando con redes familiares y sociales es menos riesgoso, la existencia de comunidades que los entienden y sostienen es otro factor que alivia sus sacrificios.

Ese contexto promueve la diversificación y estratificación de muchas comunidades y también se esté produciendo en algunas de ellas una recomposición y recreación de las autoridades comunitarias y la aparición de nuevas formas de regulación y autogestión comunitaria. Parecería que, ante las posibles amenazas y divisiones, la idea misma de comunidad y de reivindicación de la identidad étnico-cultural toma más fuerza.

Estas situaciones estarían también afectando la manera como se están encarando algunos problemas estructurales relacionados con el acceso a la tierra y a los recursos naturales. Según los puntos de vista de algunos actores del territorio, algunos retornados contribuirían de manera relevante en la articulación de instancias de coordinación indígena a nivel territorial.

Cambios en las expresiones culturales y la emergencia de nuevas formas de “ser indígena”

Esas modificaciones y recreaciones en las formas comunitarias son un ejemplo de los cambios culturales asociados al nuevo papel que los ciudadanos mayas cuchumatanos cumplen en la sociedad en que viven, y cómo se les da significado a estas nuevas experiencias.

Para Arriola “las comunidades cuchumatanas estaban vinculadas al mundo ladino y a la sociedad nacional de forma mínima y distante, y ahora, la migración [internacional] rompe el aislamiento relativo de la región” (1997: 81). La experiencia internacional supone integrar nuevos códigos culturales que van desde el influjo musical o estético hasta la valoración de la norma y la ley.

De hecho, muchos de estos códigos son asumidos por sectores, como los jóvenes, y se producen conflictos con quienes representan y defienden “la tradición”. Las formas de vestir de hombres y mujeres jóvenes en algunas comunidades muestran estos nuevos significados al utilizar prendas o referentes de la cultura urbana estadounidense. Más que romper con su cultura, lo que se buscaría es más bien adaptarla.

En ese mismo sentido, se están produciendo expresivas reinversiones comunitarias de la tradición. Los q'anjob'ales ya no buscan a los alcaldes rezadores para pedir lluvia, sino para recibir “el secreto que hace invisible al viajero ante la ‘migra’ mexicana” (Kron 2007a: 80); y de la misma manera los *chimanes* en Todos Santos Cuchumatán tienen una mayor demanda desde el aumento de la migración, un factor que contribuyó a recobrar la “confianza” en “la costumbre” (Barrera 2001: 27).

Un escenario privilegiado para ver las tensiones entre las pervivencias y las innovaciones socioculturales son las fiestas patronales. Son famosas las de Todos Santos Cuchumatán para el Día de Difuntos y la celebración de la carrera ritual de caballos. Desde hace varias décadas, los protagonistas son los “norteños” quienes, como capitanes de las cuadrillas que organizan desde Estados Unidos, se exhiben con las mejores ropas, alquilan los mejores caballos y financian las fiestas⁶⁵.

Otro ejemplo es la actualización del mito de las relaciones de Santa Eulalia con otros santos y vírgenes de la zona: todo parte de un San Miguel que se ha sumado a la experiencia migratoria y en su camino hacia el Norte es detenido por la “migra” en México. En su ayuda acudiría Santa Eulalia, quien no tardará en acercarse a pedir ayuda al solomero San Pedro, que es el experto en el tráfico migratorio clandestino y que, “pícaro él”, buscará quedarse con la Santa. Finalmente sacará a San Miguel de la cárcel; pero ni uno ni otro obtendrán los favores de la virgen que optará por mantener su independencia desde un lugar a medias entre los dos⁶⁶.

Además de estas formas que se están dando en las comunidades de origen, muchos de estos ritos, símbolos y rituales se trasladan también a sus nodos en el Norte, transformándose de manera de asegurar su reproducción en esos nuevos contextos.

Todos estos cambios en lo territorial, lo comunitario y lo cultural van transformando las formas de sentirse indígena en estos tiempos. Hay un debate sobre la naturaleza de este proceso: algunos resaltan lo conflictivo que es mantener una identidad cuando se vive en realidades tan diferentes a las del lugar que se dejó. La apuesta es a que se genere una complementariedad y que se vaya constituyendo una suerte de identidad que, sin perder los referentes de su comunidad de origen, se enriquezca con los aprendizajes de su nuevo lugar de residencia, en este caso transnacional. Pero, eso puede también terminar en un conflicto y en la necesidad de elegir una de ellas.

Otros investigadores anotan que, aunque existen contradicciones, hay maneras de resolverlas: “lo maya ya no se va a remitir a un territorio, ni *ser maya* implicará vivir en territorio maya (ya no se es de donde se vive), ahora hay indígenas urbanos y metropolitanos, pero también indígenas en Los Ángeles o Phoenix. Y que *lo maya* ya no supone hablar solo la lengua maya, ahora hablan *castilla* y/o inglés; ni son sólo campesinos” (Camus 2007).

Estas experiencias son paralelas al impulso que están teniendo las propuestas de recuperación de una identidad étnica renovada y positiva en muchos territorios con mayoría indígena. Las cuales se articulan para promover el desarrollo local, una gestión comunitaria de sus problemas o la demanda de consultas sobre el uso de recursos del territorio, fortaleciéndose, de esa manera, identidades de grado medio, entre lo local y lo nacional.

5.3.2 El dinamismo del cambio impulsado por la migración externa en el Altiplano Centro Occidental

Similares fenómenos a los descritos anteriormente se están también produciendo en muchos de los municipios afectados por la migración en el Altiplano Centro Occidental.

Impactos del viaje en la familia y la comunidad

Hasta ahora, la migración ha sido un fenómeno recurrente, es decir, un proceso que incluye estadías de varios años y retornos. Moran-Taylor (2003) explica que los migrantes de San Cristóbal Totonicapán solían completar de dos a cinco estancias en Estados Unidos en función de diversas metas. La lealtad y el vínculo con su lugar

de origen se mantendría y se expresaría en el “hacerse presente” colectivamente de los migrantes en sus comunidades.

Este “hacerse presente” se concreta a través de las acciones de las asociaciones de migrantes de un mismo municipio o aldea en su comunidad de origen: por ejemplo, tanto los sancristobaleños en Houston, como los originarios de San Antonio Sija (aldea de San Francisco El Alto, Totonicapán) en Los Ángeles se involucran cada año en la fiesta titular de su municipio.

Esos vínculos orientan el patrón de asentamiento de los migrantes, pues son las ciudades y localidades donde las redes son más densas las que atraen a los recién llegados. Los migrantes de un departamento suelen estar por lo general concentrados en una sola ciudad. Es así como el 42 % de los totonicapenses están concentrados en Los Ángeles, y en Houston, el 27 %. Los migrantes de San Marcos están más dispersos, su concentración más alta es en Los Ángeles, pero alcanza solo al 24 % de los migrantes, le siguen Boston (Massachusetts) con el 13.81 % y Miami con el 10 %. Los quetzaltecos siguen un patrón de asentamiento similar al de los marquenses, es decir, más disperso, aunque con concentraciones en Los Ángeles (32.8 %) y Nueva York (14.8 %)⁶⁷.

No solo las comunidades se vuelven “transnacionales”, sino principalmente las familias. Esto se debe a que la migración al Norte suele ser una estrategia de la familia nuclear, y a veces de la extendida, que moviliza a todos sus miembros en diversas funciones en el lugar de partida y en el de llegada.

El papel protagónico y difícil de las mujeres en contextos de alta migración

Según la OIM (2017a), el 73 % de los migrantes remitentes de remesas eran hombres y el 27 % mujeres, en 2016. Hernández (2011), quien investigó esta cuestión en Cabricán, municipio de Quetzaltenango, encontró que muchas mujeres habían asumido la jefatura del hogar luego del traslado de su esposo. Ellas quedaron a cargo de la administración de las remesas, de generar recursos complementarios, de cuidar y criar a los hijos, de ocuparse de la milpa familiar y, en ocasiones, debían atender también a sus suegros. Muchas, incluso, gestionaban la compra del terreno, supervisaban la edificación de una nueva vivienda y realizaban obras en la construcción junto con sus hijos⁶⁸.

Así pues, sin ese trabajo de las mujeres, el esfuerzo migratorio de la familia sería mucho más difícil o imposible. La disponibilidad del migrante para estar lejos y dedicarse exclusivamente a trabajar muy duro supone que hay alguien que se ocupa de las labores domésticas y del cuidado de los otros miembros de la familia en su lugar de origen. Ese “alguien” suelen ser las mujeres. Sin embargo, a pesar de ese papel vital, las propiedades que se adquieren con las remesas suelen quedar a nombre del esposo migrante, del suegro o del hijo. Para muchas mujeres que se quedan solas, al frente de su familia nuclear, el control ejercido por su familia extendida (suegros, cuñados o padres) se vuelve una limitante⁶⁹.

Esas desigualdades según género aparecen igualmente en el uso de las redes familiares y comunitarias que facilitan la migración. Muchas de ellas evidentemente apoyan la movilidad de los hombres, pero manteniendo a la mujer en un rol de subordinación en el ámbito doméstico, obligándolas a migrar, cuando quieren hacerlo, en condiciones de desventaja. Mackenzie

(2016) cuenta el caso de una mujer k'iche' de San Andrés Xecul que, siendo joven, migró sola a Estados Unidos, sin parientes que la recibieran y ayudaran a encontrar trabajo. En EE.UU. encontró a un hombre xeculense, de la red de su propia comunidad, que ofreció hacerse cargo de algunas de sus necesidades, al mismo tiempo que la sujetó en una relación basada en el abuso sexual. Luego, su matrimonio con otro hombre originario de su comunidad le dio cierto apoyo, aunque con nuevos abusos.

Remesas, urbanización y consumo

En una investigación realizada en Los Duraznales de Concepción Chiquirichapa, Quetzaltenango, se encontró que la mayor parte de los aldeanos usaban las remesas para adquirir granos básicos y abarrotos en tiendas de la misma aldea. El vestuario y los insumos para tejer huipiles y cortes eran adquiridos principalmente en los mercados de la cabecera municipal y de San Juan Ostuncalco. Pocos compraban esos enseres en otras localidades más grandes, pero invertían en la educación de sus hijos e hijas en colegios privados y en universidades, así como en atenciones en clínicas privadas en Quetzaltenango⁷⁰.

Otras indagaciones han encontrado cambios en los patrones de consumo, que se expresan en la adquisición de electrodomésticos, estufas de gas y computadoras que se compran en las ciudades o son enviados por los que residen en Estados Unidos⁷¹. Estos casos permiten suponer que las remesas han contribuido, en parte, al crecimiento de la economía de servicios y de los comercios, destinada al nuevo patrón de consumo, pero, de igual modo, que han servido para reforzar consumos tradicionales como la adquisición del traje del municipio.

Respecto a la construcción de viviendas y la ampliación de la proporción del suelo destinado a este fin, han surgido barrios con nuevas estructuras, las cuales se construyen frecuentemente siguiendo un estilo particular que imita diseños arquitectónicos de conjuntos residenciales estadounidenses. Estas nuevas edificaciones han sido consideradas como un “efecto-demostración” del éxito del migrante, como símbolo de sus aspiraciones, prosperidad y prestigio. En varios casos estudiados, esas viviendas estaban desocupadas, ya sea porque la familia entera emigró, porque quien la construyó no había regresado y/o no permitía a su familia instalarse en ella.

En todo caso, es importante anotar el gran esfuerzo de las familias para construir una vivienda digna. Desde la perspectiva de la aldea de San Antonio Sija, “la vivienda se percibe como parte de la seguridad familiar y de una vida digna, porque están mejor protegidas para enfrentar fenómenos naturales como las tormentas de lluvia y movimientos telúricos; además, de los actos humanos, como el intento de robo” (González, 2012: 180).

La demanda de tierra para construir vivienda y/o como inversión por los migrantes ha inflado el precio del suelo y limitado el acceso para las familias más pobres y/o sin familiares en Estados Unidos. Eso está sucediendo en muchos municipios del territorio⁷²: en San Cristóbal Totonicapán, esto ha favorecido que las tierras fértiles situadas a la ribera del río sean alquiladas o compradas para cultivar hortalizas, en detrimento de la producción de maíz. En San Martín Sacatepéquez, esta situación llevó a construir viviendas en zonas con riesgos de deslave. Y en San Antonio Sija se ha visto que las nuevas viviendas carecen de drenaje y otros servicios básicos. Es decir, la urbanización alentada por las remesas es frágil y sin planificación.

El enorme esfuerzo de los migrantes por construir una vivienda digna en sus comunidades de origen y el empeño comunitario por instalar servicios de energía eléctrica y agua potable o por pavimentar caminos, construir escuelas y/o dotar de infraestructura básica a aldeas, e incluso a cabeceras municipales, fue un impulsor de la urbanización en el territorio. Lo es también el trabajo de las mujeres, en tanto que constituye la base de las estrategias económicas familiares que han sustentado el desarrollo del eje urbano comercial.

No obstante, estas transformaciones están acentuando la estructura de desarrollo desigual del territorio: un porcentaje importante de las remesas e inversiones asociadas a la migración se concentran y refuerzan el peso de la ciudad de Quetzaltenango y su conurbado (como se analiza en el capítulo 4), lugar en el que están instalados la mayor parte de servicios educativos y de salud, así como espacios comerciales, en los que la población receptora utiliza una parte importante de sus recursos.

En consecuencia, se podría argumentar que la migración urbaniza los pueblos sin hacerlos ciudad o transformándolos en pequeñas ciudades endeble por falta de acompañamiento, planificación y un esfuerzo integral de los poderes públicos, pero, al mismo tiempo, refuerza y expande a Quetzaltenango, confortándola en su carácter centralista⁷³.

Retorno, deportación y economías locales

Los migrantes que retornan de manera voluntaria suelen invertir sus ahorros en la actividad económica predominante en su localidad. Solo algunos emprenden nuevos negocios, mayormente en la ciudad de Quetzaltenango. En San Martín Sacatepéquez, Hermesse (2016) identificó dos modalidades de reinserción económica de los retornados que corresponderían a dos generaciones distintas. Las ilustra con la historia de dos hombres. Uno de ellos emigró en la adultez media acompañado de su esposa e hijos. Al retornar, empleó lo ahorrado en la construcción de una vivienda de dos niveles y, en el primero, construyeron un comedor. La familia ha adquirido tierra en la bocacosta, con sus ahorros y las transferencias de los hijos que quedaron en el Norte, donde siembran hortalizas y contratan jornaleros. Adquirir tierra en la zona cafetalera es una de las principales aspiraciones de los migrantes tinecos, según la autora.

El segundo caso se refiere a un hombre que emigró siendo bastante joven y al poco tiempo retornó a causa de un accidente. Este joven se distanció del trabajo agrícola por considerarlo una forma de estancamiento social. Se involucró en el comercio de carros importados desde Estados Unidos, trabaja a veces como piloto en la línea de San Martín Sacatepéquez a Quetzaltenango y se emplea en las redes de *coyotaje*, captando personas para realizar el viaje al Norte.

Recuadro 5.6 Política nacional de inmigración y emigración

Guatemala forma parte del Pacto Mundial sobre Migración, así como del Marco Integral Regional para la Protección y Soluciones, y del Plan de Atención integral de las Migraciones en Centroamérica. En 2016, el Congreso de la República aprobó el Código de Migración, el cual propone un enfoque integral, que considera las diferentes dimensiones de la migración e incorpora una perspectiva de Derechos Humanos.

Ese Código estableció una nueva arquitectura institucional que vela por el migrante y regula el ingreso y salida de guatemaltecos y extranjeros, así como el tránsito y la estancia de los extranjeros en el país, que está conformada por la Autoridad Migratoria Nacional (AMN), un ámbito interinstitucional presidido por la Vicepresidencia de la República que está a cargo de la formulación y supervisión de la política migratoria, el Instituto Guatemalteco de Migración (IGM) y el Consejo Nacional de Atención al Migrante (CONAMIGUA). El IGM inició sus funciones en agosto 2020 y la AMN tiene previsto formular la política migratoria en el 2022. El Consejo de Atención y Protección, órgano responsable de crear los programas de atención en salud a personas deportadas o retornadas y

atender a las necesidades humanitarias de los migrantes fue instalado en 2020.

La cooperación internacional junto a entidades de la sociedad civil ha venido respaldando la operacionalización del Código de Migración y el fortalecimiento del Sistema de Refugio y Asilo, así como los sistemas y mecanismos de reintegración sostenible de migrantes. Concretamente, se han mejorado los procedimientos de asilo y refugio, así como los protocolos de reintegración sostenible de migrantes (Código de Migración, Sistema Nacional de Referenciación para Migrantes SINAREM), comúnmente llamado Oportuguate.

Se desarrolló también un modelo de opciones de cuidado para niñas, niños y adolescentes migrantes no acompañados y un manual para su implementación, el cual incluye mecanismos de determinación del interés superior del niño, protocolos para la identificación del recurso familiar y reintegración (tanto de niños guatemaltecos como extranjeros), albergues a puertas abiertas, departamentos especializados y acogimiento familiar en las diferentes instancias encargadas.

El Ministerio de Relaciones Exteriores, el IGM y otras entidades gubernamentales vienen trabajando, de manera integrada, en la mejora de servicios y el apoyo a la población guatemalteca en el extranjero. Resalta, por ejemplo, el fortalecimiento de la asistencia consular y las asesorías migratorias en EEUU, la creación de un Fondo de asistencia para el guatemalteco migrante en situación de vulnerabilidad y fallecidos en el exterior, las acciones para recibir y apoyar a los retornados, deportados y a la población migrante de otros países en tránsito por el territorio guatemalteco. Se está trabajando también en la promoción de una migración ordenada, segura y regular, mediante el Programa de Movilidad Laboral del Ministerio de Trabajo y Previsión Social y el uso de la tarjeta de acreditación como trabajador fronterizo.

En febrero de 2020 se creó la Mesa en materia Migratoria y de Refugio, integrada por el Ministerio de Relaciones Exteriores, el IGM y agencias del Sistema de Naciones Unidas, con el fin de apoyar a Guatemala para asegurar un tratamiento integral y coordinado en el tema migratorio y de refugio, así como la protección de los DDHH de las poblaciones en movilidad humana de acuerdo con los estándares internacionales.

Fuente: elaboración propia en base a información del Gobierno de Guatemala y de NNUU

En San Cristóbal Totonicapán, los migrantes y retornados emplean sus ahorros, según Moran-Taylor (2008), para ampliar los negocios familiares de tejeduría y confección; compran ya sea más telares o más máquinas de coser industriales. Un porcentaje de los retornados han abierto negocios en la ciudad de Quetzaltenango, como panaderías, ventas de cortes y predios de autos *rodados*, situados en las afueras de la ciudad.

En San Antonio Sija, González (2012) observa que se invirtió en pequeños negocios en la aldea: tiendas de consumo básico, ventas de material de construcción, carnicería, cafés internet y servicios de mensajería, así como una empresa de televisión por cable. Muchos de esos negocios eran poco rentables. Por el contrario, los más exitosos son los que establecieron talleres domésticos de confección de ropa que se comercializa en el mercado de San Francisco El Alto. Como muchos de los migrantes de esa localidad trabajaron en maquiladoras en Los Ángeles, ampliaron su conocimiento en este campo y al volver adquirieron maquinaria y establecieron talleres familiares.

La situación de los retornados por deportación es muy diferente. Al respecto no hay mucha información, pero se cuenta con datos de casos individuales. El primero de ellos es el de Javier, un hombre del municipio de San Lorenzo, en el altiplano de San Marcos, quien fue deportado en 2017 después de 24 años de vivir en EE. UU. Él se casó con otra guatemalteca y sus cuatro hijos son ciudadanos estadounidenses. Habiendo emigrado muy joven, con apenas 16 años, transitó por varios estados hasta asentarse definitivamente en Minnesota. Cuando fue deportado llevaba 13 años trabajando como supervisor en una granja de crianza de cerdos, donde ganaba 18 dólares por hora. En San Lorenzo regresó a vivir a la casa de sus padres, construida con las remesas que él había enviado⁷⁴.

Los otros dos casos son de jóvenes que, siendo niños, migraron a EE. UU. con sus padres. Gabriel lo hizo desde Malacatán (San Marcos) cuando tenía 3 años y fue deportado cuando tenía 25 años. Carlos salió de Joyabaj (Quiché) a la edad de 8 años y se vio obligado a retornar junto con su familia cuando tenía 19 años. Ambos jóvenes habían completado el *high school* y estaban en la categoría de los *dreamers*, es decir, los migrantes indocumentados que llegaron a EE. UU. antes de cumplir 15 años. Al volver a Guatemala, ambos optaron por instalarse en la ciudad de Quetzaltenango, daban clases privadas de inglés y se emplearon en un *callcenter*. Gabriel abandonó ese trabajo, pero permaneció en Quetzaltenango donde hace distintos trabajos y desarrolla actividades que hacía en el Norte: entrena boxeadores, practica música y baile *breakdance*.

El endurecimiento de la política migratoria de Estados Unidos quizás va a acelerar aún más las deportaciones, rompiendo los esquemas de migración y retorno que prevalecieron los últimos veinte años, abriendo escenarios nuevos y quizás más problemáticos. Por lo pronto, la deportación implica volver a una economía local que no ofrece oportunidades sin tener cumplidas las metas que la persona se había imaginado al partir.



5.4 Conclusiones

En este capítulo se analizó cómo diversos procesos de movilidad humana han reconfigurado históricamente los territorios y las condiciones de vida de las guatemaltecas y los guatemaltecos. Existe una larga historia de migraciones, internas y externas, desplazamientos y movimientos temporales de población que han influido de manera determinante en la construcción de las identidades territoriales, de las condiciones socioeconómicas, políticas y culturales a nivel local.

Una primera conclusión consiste en demostrar que las dinámicas contemporáneas de la migración, particularmente las que tienen como destino los Estados Unidos, deben ser entendidas en el marco de una historia larga de movilidad humana.

Desde tiempos inmemoriales, las comunidades guatemaltecas se fueron moviendo en su territorio para mejorar sus condiciones de vida y garantizar su reproducción. Para ello, se establecieron complejos sistemas agrícolas que implicaban el traslado temporal de las comunidades para aprovechar diversos pisos ecológicos en la etapa precolombina, emergieron prácticas de movilidad interna temporal hacia las tierras bajas como jornaleros cuando las comunidades perdieron el acceso a esos territorios y se fueron estableciendo redes, desde finales del siglo XX, para llegar al norte del continente.

Es decir, las migraciones han sido procesos dinámicos que fueron evolucionando y cuyo despliegue en el territorio no se realizó en forma uniforme, cada territorio y comunidad experimentó sus propios tiempos y dinámicas. En el capítulo se muestra cómo desde hace más de cincuenta años se produjo una acumulación y sedimentación de experiencias, información y redes sociales que poco a poco hicieron posible la intensificación de la migración a Estados Unidos, la cual se realiza además mayormente en condiciones de irregularidad y de alto riesgo.

Esos movimientos de población están asociados a las dificultades de varios territorios del país para brindar condiciones para el desarrollo humano de sus habitantes. Pero precisan de varios otros factores para generalizarse: información, experiencias, contactos sociales y familiares e infraestructuras sociales que las faciliten. Por esas razones, por ejemplo, no siempre son los más pobres los que parten primero, sino aquellos que

tienen recursos y conocimientos básicos. Pero, estas no son experiencias puramente individuales, sino colectivas y familiares, ese es el mecanismo que permite que se vayan ampliando e involucrando a cada vez más personas de un mismo territorio.

Esa consolidación colectiva de rutas y prácticas migratorias fue fortaleciendo la naturaleza circular y reticular del proceso. Es decir, el hecho de que muchos migrantes volvieran a la comunidad después de logradas ciertas metas personales animaba a otros miembros de la familia a realizar la misma aventura. Fue en base a esos mecanismos que la migración guatemalteca a Estados Unidos fue “madurando”, construyendo rutas, experiencias y redes que la facilitaban y que permitían que incluso personas con menor propensión al riesgo optaran por arriesgarse al periplo.

Una segunda conclusión que se debe resaltar es la necesidad de analizar y comprender este fenómeno en su dimensión integral y humana. No es una cuestión únicamente relacionada con las oportunidades económicas que los migrantes consiguen fuera del país. Se debe entender como una expresión de la incapacidad de ciertos territorios para garantizar condiciones de vida razonables y expectativas a sus habitantes. Frente a lo cual, muchos deben enfrentar situaciones de sacrificio y de gran riesgo, sabiendo lo impredecible del éxito o el fracaso.

Esos periplos suelen ser realizados mayormente de manera irregular y son, por tanto, arriesgados, inciertos y generadores de rupturas, desequilibrios y de difíciles adaptaciones sociales, culturales, familiares y psicológicas. En este sentido, no hay que idealizarlas, porque pueden implicar grandes sacrificios, costos elevados e incluso daños graves a la salud o la vida misma de los que deciden partir. En consecuencia, uno de los ejes centrales de cualquier

política pública o acción colectiva para tratar la cuestión migratoria se debe referir a la protección de estas poblaciones y a la generación de condiciones de dignidad y de respeto de sus derechos humanos. En ese marco, se debe promover, de igual modo, mecanismos de migración externa ordenados, seguros y regulares. Este es un enfoque imprescindible, al respecto hay ciertos avances que se ilustran en el recuadro 5.6.

En tercer lugar, hay que responder a la pregunta de si estas migraciones mejoran el desarrollo humano y reducen las brechas y desigualdades sociales. Se ha demostrado que resuelven ciertos problemas coyunturales de personas y comunidades, evitan que muchos caigan en una mayor pobreza y contribuyen a solventar consumos básicos. A veces, incluso permiten mejorar la vivienda y la acumulación de un capital para pequeños emprendimientos o mejorar la capacidad productiva de las familias.

Pero, esos efectos se limitan a esas dimensiones, no logran transformar las condiciones estructurales de desarrollo humano de los territorios, en ausencia de otros elementos. Para que las remesas y las inversiones de los retornados puedan contribuir a cambios más de fondo en el desarrollo humano local, se necesita que estén acompañadas de otros factores: mejora de las infraestructuras públicas y los servicios sociales, acciones para gestionar mejor los recursos naturales y mitigar su deterioro, etc. En la ausencia de políticas públicas que apunten a esas transformaciones estructurales, las remesas pueden transformarse en un paliativo con impactos limitados y no permanentes.

En el capítulo, se muestra que las remesas producen diferencias entre los que tienen acceso a ellas y el resto de la población. De igual manera, en muchas comunidades se debilita la cohesión social por las distorsiones que la migración y las remesas producen, por ejemplo, al

encarecer el costo de tierras y viviendas, modificar patrones de consumo o al cambiar la naturaleza de algunas de las relaciones interpersonales. Es decir, las desigualdades y diferencias internas tienden a incrementarse.

Hay, por supuesto, ejemplos de aumento de la solidaridad, de constitución de redes comunitarias transnacionales o de inversiones colectivas con remesas para fines sociales, pero las lógicas de diferenciación social que vienen con la masificación de la migración y las remesas en los territorios son también fuertes.

Sin embargo, más allá de este balance de efectos positivos y negativos, el capítulo ha encontrado en los casos analizados evidencias de cambios significativos en la composición del consumo de los hogares, en la manera como están creciendo las ciudades y se están urbanizando las zonas rurales, en la adaptación y preservación de la cultura local, en la diversificación de actividades económicas en el territorio, en las relaciones de género e intergeneracionales e incluso en las identidades indígenas debido al aumento de la migración internacional.

En consecuencia, la cuestión migratoria, en todas las dimensiones analizadas, debería ser considerada como un elemento importante para reorientar las políticas de ordenamiento territorial, de promoción económica o de dotación de servicios sociales a nivel local, ya sea porque puede coadyuvar al logro de ciertos objetivos comunes o porque es un factor que crea distorsiones que deben ser tratadas.

Se trata, en resumen, de un factor clave e imprescindible para repensar los territorios y las políticas públicas locales y nacionales, no solamente en términos de un mejor aprovechamiento de las remesas y capacidades que muchos retornados tienen, sino sobre todo por el impacto que están produciendo en las expectativas de la población, en sus prioridades y en sus formas de organización, es decir en la capacidad de agencia de estas personas.

Existe una larga historia de migraciones, internas y externas, desplazamientos y movimientos temporales de población que han influido de manera determinante en la construcción de las identidades territoriales, de las condiciones socioeconómicas, políticas y culturales a nivel local.